

Antología

PREMIO 2011
DE ALFABETIZACIÓN
UNESCO

El teatro: un espejo, reflejo de la vida

Leer
y escribir

2^a
Edición



Mi nombre es: _____

Vivo en: _____



Secretaría de Educación Pública
Dirección General de INEA
Dirección Académica

Coordinación académica
Maricela Patricia Rocha Jaime

Compilación
Adriana Leticia Bautista Vargas
Ana María Hernández Castañeda
Maricela Alba López
Bertha Magdalena Pérez Sotelo

Asesoría académica
Lilia Mabel Encinas Sánchez.

Revisión técnica
María de Lourdes Aravedo Reséndiz
Fabián Jiménez Flores
Gonzalo Hernández Mendiola

Actualización de contenidos
Maricela Alba López
Ana María Castillo Carmona
Bertha Magdalena Pérez Sotelo

Coordinación gráfica y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Seguimiento al diseño
Jorge Alberto Nava Rodríguez
Ricardo Figueroa Cisneros

Seguimiento editorial
María del Carmen Cano Aguilar

Supervisión editorial
Marlik Mariaud Ricárdez

Revisión editorial
Marlik Mariaud Ricárdez

Diseño
Bertha Ramírez Gallegos

Diagramación
Miriam Alicia Ruiz Hernández

Ilustración de interiores
Manuel Alejandro Villalobos González
Ricardo Pérez Rovira

Ilustración de portada
Dalia Lilia Alvarado Diez

Diseño de portada
Ricardo Figueroa Cisneros

Este material tiene como antecedente los siguientes contenidos: *Antología de teatro popular* elaborada en la Dirección de Participación Social y Concertación de Servicios del INEA.- Recopilación y selección de textos: Leticia Gómez Rivera. Revisión de textos: Martha Elva Cortés Ortiz, Carmen Christlieb Ibarrola, Roberto Martínez González, Horacio Muñoz González, Roberto Olvera Saavedra, Teresa Tomé Alvarado, Modesta Velázquez Rojas. Cuidado de la edición: Isela Mejía López. Diseño editorial: Greta Sánchez Muñoz. Ilustraciones: Adriana Barraza Hernández, Greta Sánchez Muñoz. Primera edición.- Coordinación académica: Maricela Patricia Rocha Jaime. Compilación: Adriana Leticia Bautista Vargas, Ana María Hernández Castañeda, Maricela Alba López, Bertha Magdalena Pérez Sotelo. Asesoría académica: Lilia Mabel Encinas Sánchez. Revisión técnica: María de Lourdes Aravedo Reséndiz, Fabián Jiménez Flores, Gonzalo Hernández Mendiola. Coordinación gráfica y cuidado de la edición: Greta Sánchez Muñoz, Adriana Barraza Hernández. Seguimiento al diseño: Jorge Nava Rodríguez. Ricardo Figueroa Cisneros. Seguimiento editorial: María del Carmen Cano Aguilar. Supervisión editorial: Marlik Mariaud Ricárdez. Revisión editorial: Salvador Orozco Cruz, Eliseo Brena Becerril, Laura Sainz Olivares. Diseño: Bertha Ramírez Gallegos. Diagramación: Bertha Ramírez Gallegos, Paloma Casados Palomares, Julio Villalobos García. Ilustración: Manuel Alejandro Villalobos González, Ricardo Pérez Rovira. Ilustración de portada: Dalia Lilia Alvarado Diez. Diseño de portada: Ricardo Figueroa Cisneros.

Leer y escribir. Antología: *El teatro: un espejo reflejo de la vida*. D.R. 2008 ©Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140.
2ª edición 2011

Esta obra es propiedad intelectual de sus autoras y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Algunas veces no fue posible encontrar la propiedad de los derechos de algunos textos aquí reproducidos. La intención nunca ha sido la de dañar el patrimonio de persona u organización alguna, simplemente el de ayudar a personas sin educación básica y sin fines de lucro. Si usted conoce la fuente de alguna referencia sin crédito, agradeceremos establecer contacto con nosotros para otorgar el crédito correspondiente.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9
ISBN *Leer y escribir*. Antología: *El teatro: un espejo reflejo de la vida*: 978-607-710-032-4

Impreso en México



Índice

● Presentación 4

● Obras teatrales contemporáneas 5

Una prueba de amor. *Noé R. Niño Santillán* 6

Una historia de la vida real. *Anónimo* 14

El peluquero del rey. *Jorge Ibargüengoitia* 21

● Obras teatrales románticas 34

Don Juan Tenorio. *José Zorrilla* 35

Romeo y Julieta. * *William Shakespeare* 48

* Obra perteneciente a la era isabelina de Inglaterra que, por sus características, prefigura al movimiento romántico.



Presentación

Esta antología tiene como propósito enriquecer el módulo *Leer y escribir*, ofreciéndote una colección de textos para que disfrutes su lectura; por ello, te presentamos una serie de obras teatrales cuya trascendencia es innegable. Las obras seleccionadas, además de ser universales, son un espejo de las sociedades que retratan, por lo que la hemos titulado: *El teatro: un espejo, reflejo de la vida*.

Esta antología se quiere y se piensa como un escenario en el cual se proyecta la vida misma. El teatro plantea la vida como un espectáculo. De alguna manera todos somos personajes de dramas diferentes. A veces, como en las comedias, nos toca enfrentar momentos chuscos o reírnos de los dramas de la vida; en otras ocasiones, como en las tragedias, vivimos el dolor y los sentimientos con los actores en esos mismos dramas. Gracias al teatro podemos conocer y descubrir muchos casos de la vida que a simple vista no son visibles. En el fondo, el teatro es una muestra de la vida, mientras que la vida es, en alguna medida, una representación de teatro.

Las obras que conforman la antología se dividen en obras contemporáneas, que tienen como rasgo común el rechazo al realismo, por lo que utilizan diversas técnicas que rompen con la realidad. También se incluyen obras románticas, cuyo tema es el amor de los protagonistas. Con su técnica se puede hacer una combinación de la prosa y del verso.

Esta antología busca ofrecerte un apoyo en tu lectura. Para ello, en algunas ocasiones hemos incluido preguntas, quizá las que tú también te haces al ir leyendo. Además, en cada obra, hemos incluido la sección *Sabías que...* y al final de ésta una propuesta para que elabores un *Glosario* que te muestran otra forma de acercarte y comprender el teatro.

Dejamos, pues, *El teatro: un espejo, reflejo de la vida* en tus manos, con la finalidad de que aprendas, descubras y goces con los acontecimientos que viven los personajes de cada historia. Y como se dice en el teatro:

¡Tercera llamada, tercera! ¡Comenzamos!



Obras teatrales contemporáneas

*Una prueba de amor
Una historia de la vida real
El peluquero del rey*



Una prueba de amor

Disfruta a través de la lectura de esta obra

● **Introducción**

El Instituto Nacional para la Educación de los Adultos convocó a participar a 15 delegaciones estatales, a fin de conformar y publicar la II *Antología de teatro popular*.

Para la selección de obras se consideró la expresión de propuestas comunitarias que propiciaran el análisis e intercambio de experiencias, que propusieran acciones educativas y solidarias, que permitieran la difusión de los valores históricos y sociales, así como las costumbres y tradiciones y, sobre todo, que promovieran la convivencia recreativa.

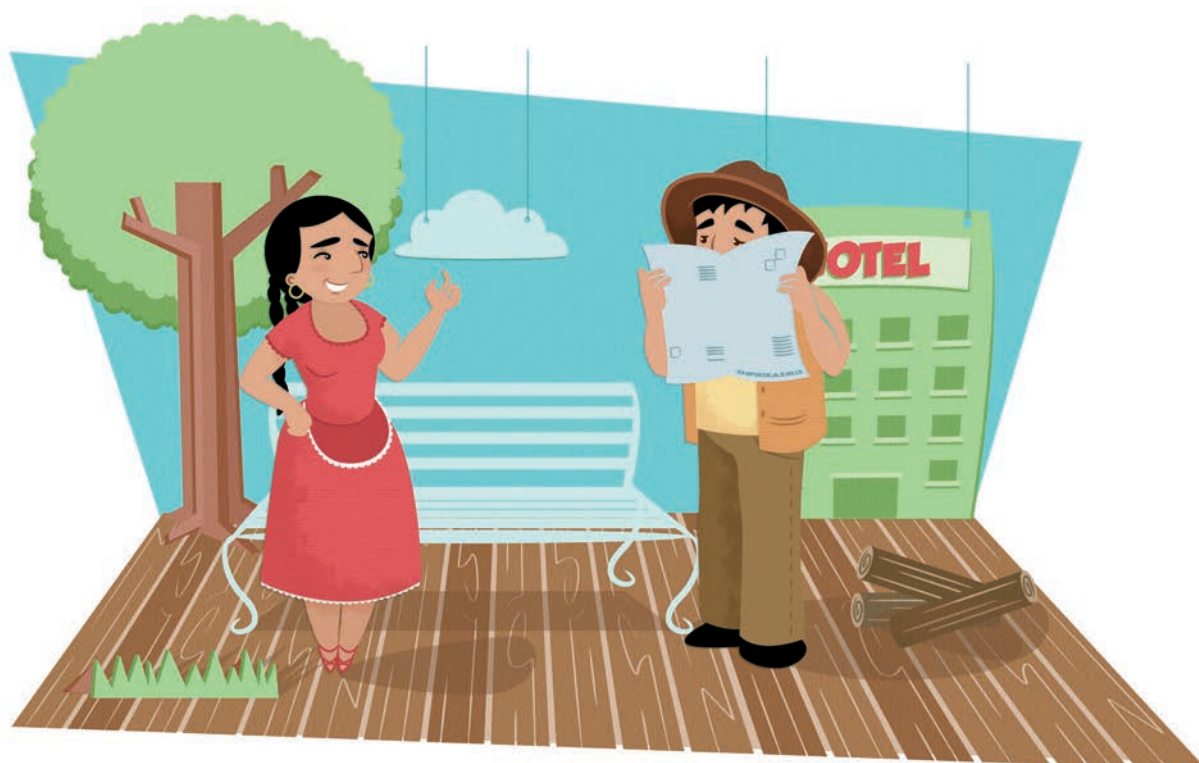
● **Reseña**

Esta obra fue enviada por la Delegación de Tabasco. Noé R. Niño Santillán, a través del humorismo, desarrolla la presente comedia, mostrando uno de los beneficios que se obtienen al aprender a leer y escribir.



Reflexiona

De acuerdo con el título, ¿de qué crees que va a tratar la obra?
¿Por qué?



Personajes

- María Encarnación
- Lorenzo Rafael

* Noé R. Niño Santillán. *II Antología de teatro popular*, INEA, México, 1993, pp. 64-69.

Acto único

La escena se representa en la banca de un jardín público. Sobre la banca está un periódico y al fondo la fachada de un hotel.

Lorenzo (Carga un atado de leña, camina por el escenario, observa la banca y se sienta para acercarse lentamente al periódico, lo toma y esconde entre sus ropas, procura no ser descubierto. Sigilosamente saca el periódico y lo hojea con curiosidad, a través de risa y sorpresa, aparenta leer; finalmente, con un dejo de tristeza, comenta para sí mismo): ¡Qué bonito sería si yo supiera leer, no que a esto no le entiendo nada! (Y se queda reflexionando unos segundos cuando hace su entrada María Encarnación.)

María: ¡Lorenzo Rafail! ¡Qué güeno que tincuentro!



Lorenzo: Pos ya mincontrates, ¿pa qué soy güeno?

María: Nicisito palabriar contigo tantito.

Lorenzo: ¿Nomás palabriar? (Picaronamente.)

María: Sí, orita nomás palabriar, porque lo qui ti tengo que dicir es muy importanti.

Lorenzo: A pos ándile.

María: ¿Tú me quieres?

Lorenzo: Retiarto.

María: ¿Ti vas a matrimoniar conmigo?

Lorenzo: Ya ti lo dije que sí.

María: Toncis no tincorajes por lo que ti voy a decir.

Lorenzo: ¡Pos dímelo ya:



Reflexiona

¿Qué crees que le va a decir María a Lorenzo?

María: Pos'ai ti va. (*Poniéndose en actitud seria*) Si mi quieres retiarto como dices, dame una prueba de tu amor.

Lorenzo (*Brincando y parándose de la banca*): Ay canijos, ¿qué dices?

María: Pos eso, qui mi des una prueba de tu amor. (*Parándose también*)

Lorenzo: ¡A jijos!: ¿Qui no eso ti lo tenía que pedir yo?

María: ¡Lorenzo Rafail! ¡No ti hagas!



Lorenzo: ¡Otra vez la burra al trigo!

María: Pos sí, pero el burro lo sirás tú.

Lorenzo: Pos pa qué ti digo que no, si sí.

María: Ándali Lorenzito, di qui sí.

Reflexiona

¿Qué respuesta crees que va a dar Lorenzo?

"Sabías que..."

Los temas que se abordan en el teatro popular son diversos: pasajes, datos biográficos de héroes universalmente reconocidos; participación histórica de los pueblos; problemática que acecha a la juventud y sociedad de estos tiempos; costumbres y tradiciones; carencias y desigualdades que padecen los pobladores de algunas regiones de nuestro país; ideas surgidas de la discusión participativa a la presentación de las obras y que se convierten en motor de acciones que con perseverancia producirán transformaciones significativas en las comunidades donde se presentan.



Lorenzo: Pos yo crio qui nó, ya le dije a mi tata y me dijo qui nó.

María: ¿A tu tata? ¿a poco li tienes que pedir permiso a tu tata?

Lorenzo: Pos sí, se lo tengo que pedir.

María: ¿Y qué ti dijo?

Lorenzo: Me dijo qui no.

María: ¿Qui no? ¿Y por qué no?

Lorenzo: Mi dijo, qui él no pudo y como él no pudo, mesmamente el tata, mesmamente el hijo.

María: Pos qui tarugo.

Lorenzo: ¿Mi tata?



María: ¡No, el hijo!

Lorenzo: A ta güeno ya te iba yo a romper el...

María: Mesmamente el hijo, mesmamente el tata.

Lorenzo (*Para sí mismo*): ¿Qué mi quiría decir?

María: Ándali Lorenzito, dame una prueba de tu amor. (*Volviendo a insistir*)

Lorenzo: ¿Y pa qué? Ji, ji, ji.

María: Pa saber qué tan grandote es tu amor, qui tal si a la mera hora mi resulta chiquito (*Haciendo una seña con lo dedos*), ya casados, ya pa qué.

Lorenzo: Pos es que me da retiarta virgüenza, ji, ji, ji.

María: ¿Virgüenza? ¿Y por qué?

Lorenzo: Qui tal si a la mera hora no puedo...

María: Pos yo ti ayudo, ándale no seas menso.

Lorenzo: ¿Tú? ¿Pos qué tú también vas a ir?

María: ¡Pos claro tarugo, pos si no cómo! ¡Ni modo que fueras tú solo!

Lorenzo: ¿Pos qui tú ya sabes?



Reflexiona

¿Qué respuesta espera escuchar Lorenzo?

María (*Como dudando*): Pos nomás tantito, pero cuanti' menos sé más que tú (*como enojada*).

Lorenzo: No, pos sí.

María: Tonces qué Lorenzito, sí, ¿sí?

Lorenzo: (*Se encoge de hombros, apenado*) Ji, ji, ji.

María: Ándale indio tarugo, di que sí.

Lorenzo: Pérate tantito María Encarnación, no comas ansias, déjame pensarlo un tantito, no ves qui tengo qué pensar en las consiguencias.

María: ¿Consiguencias?, ¿cuáles consiguencias?

Lorenzo: Pos muchas, ustedes las viejas son rete chismosas, al rato lo va a saber todo el pueblo.

María: ¡Y qué qui lo sepa!

Lorenzo: Pos, que al rato voy a andar de boca en boca, que Lorenzo pa'cá, que Lorenzo pa'llá qui el tarugo ya dio su brazo a torcer y mi reputación, todo el mundo mi va a preguntar qué si siente y al rato todos van a querer.

María: Y qué qui quieran, si al fin eso es rete güeno.

Lorenzo: Pos eso sí, pero como tú no me convencites, al rato mi vana decir anaguao y yo no quero qui mi digan anaguao.

María: Pos al que ti lo diga, le rompes el... y ya.

Lorenzo: ¿Y qué tal si mi lo rompen a mí?

María: Pos ti aguantas, pa qui andas de remilgoso.

Lorenzo: No, mejor mi aguanto qui mi lo digan, al fin que ni va a ser cierto.

María: ¿Ah verdá? Si no eres tan tarugo indio ladino, tonces qué. ¿Vamos? (*Picaronamente*)

Lorenzo: ¿Orita?

Reflexiona

¿Cuál será la reacción de Lorenzo ante la insistencia de María?

María: Claro, orita en caliente.

Lorenzo: ¿Sin bañarme?

María: ¿Sin bañarte? Sí tú me dijites que ti bañas todos los días tempranito, nomás amanece, que si mi hace que pones pretextos nomás porqui tienes miedo.

Lorenzo: ¿Miedo yo? ¿Miedo yo? Pos la mera verda qui sí, tengo un poquito de miedo.

María: O es qui no me quieres como dices.

Lorenzo: Cómo no, ti quero retiarlo, si ya hasta te hice un versito.

María: A ver dímelo.

Lorenzo: Chaparrita de lo lindo, yo ti lo quero bastante, yo siré siempre tu amante, aunque me lo cueste el vida.

María: Ah qué indio tan mentiroso, si eso es di una canción.

Lorenzo: Pos la mera verda sí, pero a poco no ti queda re bien.

María: Pos sí me queda bien, pero me quedaría mejor que mi dieras la prueba de amor.

Lorenzo: ¡Pero qui vieja tan terca, no quita el dedo de la llaga!

Reflexiona

¿Convencerá María a Lorenzo?

¿Cómo crees que lo hará?

María: ¡La llaga ti la voy hacer yo porque yo creo que ti voy a tener que llevar arrastrando y a garrotazos!

Lorenzo: Ay tatita, yo mi muero, mi muero.

María: Que ti mueres ni que nada, si deso naiden se ha muerto, ni se morirá. (*Empujándolo por la espalda*).

Lorenzo: Pos ni modo, asina por la güena sí. Ni modo, vamos, si ese es mi destino, ni modo.

María: Pos jálele que orita no ti mi'scapas. (*Lo agarra de la mano y lo jala para el lado contrario a donde está el Hotel. Se voltea hacia el público y dice*): Y ustedes que dijeron mal pensados, me lo llevo al INEA pa qui aprenda a ler y escrebir, no ven qui tiene que poner su nombre en el papel de casorio, si no soy tan taruga, ¿eh?

— Ándile, jálile vamos a escrebirnos los dos.

Reflexiona

¿Esperabas este final?

Si tú fueras el escritor, ¿qué final pondrías?

FIN

¿Cómo se llamó la obra?



Regresa al Libro del adulto y continúa con la Actividad 3 del tema 1, Unidad 1.

Una historia de la vida real

Disfruta a través de la lectura de la siguiente obra.

● **Introducción**

El teatro es uno de los medios más utilizados como medio de enseñanza para reflejar historias de la vida cotidiana y con ello provocar la reflexión de los niños en torno a temas de gran importancia para su desarrollo humano.

Algunas organizaciones interesadas en impactar al público en general sobre temas fundamentales establecen alianzas con las instituciones educativas, para promoverlos.



Reflexiona

¿Qué te sugiere el título?

Personajes

- Paco
- Diego
- Juana
- Julio
- Eulalia

En un lugar lejano, y en una escuela como la tuya, estudiaban en el 3er. año cinco niños: Paco, Diego, Juana, Julio y Eulalia.



* Comisión Nacional de Derechos Humanos, "Una historia de la vida real", *Hagamos teatro*, Folleto SEP, México.

Eran amigos inseparables pero muy diferentes entre sí, como los dedos de tu mano izquierda.

Paco: Alegre y juguetón. Siempre hacía bromas y chistes. No tomaba nada en serio y le gustaba comer todo el día.

Diego: Era muy estudioso, amable y excelente amigo; generoso y dispuesto a ayudar siempre a sus compañeros.

Juana y Julio: Siempre se ponían de acuerdo para hacer travesuras, no cumplían con la tarea y le pedían ayuda a Diego, quien nunca se las negaba.

Eulalia: Era tímida y callada, muy melindrosa para comer; se enfermaba con frecuencia por las cosas que comía en la calle.



Reflexiona

¿Qué imaginas que va a pasar con estos niños?

Todos los días, a la hora de la entrada, Paco, Juana, Julio y Eulalia se detenían a comprar golosinas: jícamas con chile, chicharrón y otros alimentos que no estaban preparados con toda limpieza. Además, como estaban expuestos al aire y al polvo de la calle, se contaminaban y eran un peligro para la salud. Sin embargo, ellos no lo sabían y se comían las cosas con mucho gusto.



Diego, en cambio, era el único que no lo hacía. Había leído cómo los alimentos se contaminaban, y su mamá le preparaba todos los días una rica torta de frijoles con queso, muy limpia, y una cantimplora con agua fresca de limón, que a la hora del recreo se tomaba con mucho gusto. En cambio, sus demás amigos intercambiaban la torta o fruta que llevaban por las golosinas que compraban y también las tortas de los que se dejaban.

Cuando Diego los veía, les decía: —todas esas cosas que se comen son muy sabrosas porque son dulces, saladas o agrias, pero no les proporcionan ningún alimento, sólo les entretienen el estómago y se los irrita. Además, si las cosas no están limpias, tienen microbios, que producen enfermedades.



Ellos se reían de él y le decían:

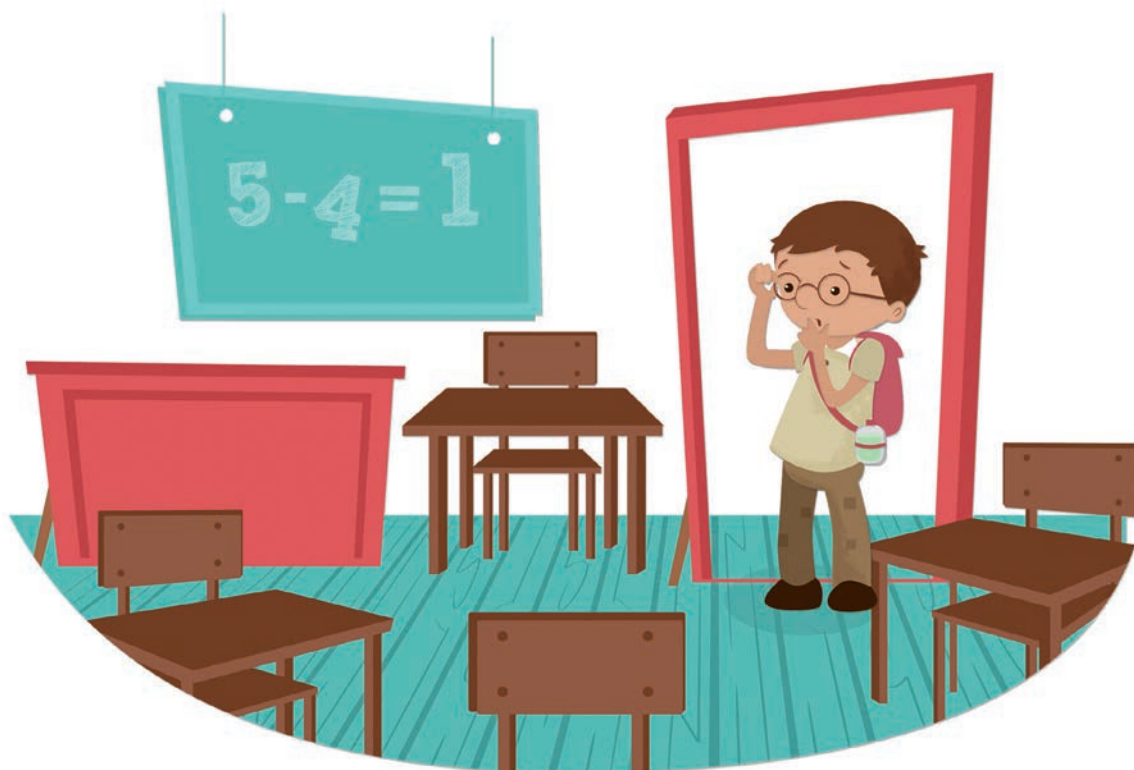
—Sí, sabio, mejor vamos a jugar y deja de estar diciendo tonterías.



Reflexiona

¿Qué opinas de lo que dicen los niños a Diego?

Un día, al llegar a la escuela, Diego se dio cuenta que sus amigos no estaban en el salón y que nadie sabía nada de ellos; entonces se acercó a la maestra y le preguntó por ellos. La maestra dijo que Paco estaba empachado, que Julio tenía fuertes dolores de estómago, que Juana tenía tifoidea y Eulalia tenía animales en la panza y además estaba muy desnutrida.



—Seguramente habían comido algo que les hizo mucho daño.

Ese día Diego estuvo muy triste y preocupado. Ya por la tarde los fue a visitar. Todos estaban muy delicados y ojerosos.

Les dio mucho gusto ver a su amigo Diego. Éste les comentó que tenían que cuidarse para estar bien de salud y pronto poder ir a la escuela, pues él tenía un plan para que no se volvieran a enfermar.



Reflexiona

- ¿Por qué no están presentes los compañeros de Diego?
- ¿En qué consistirá el plan de Diego?

Después de dos semanas se fueron presentando de uno en uno los niños. Todos sus compañeros los recibieron con mucho cariño. Y a la hora del recreo, Diego les dijo:

—No es posible que se sigan enfermando, es necesario que aprendan a conservar su salud.

—Pero si nos cuidamos —dijo Paco.

—No es así —contestó Diego—, me he dado cuenta que en la calle los vendedores ambulantes venden alimentos contaminados de polvo y de microbios que enferman a los niños que los compran; por eso creo que debemos pensar en algo.

“Sabías que...”

Representar en una obra de teatro situaciones cotidianas que favorecen la reflexión de las personas es un medio para que tomemos conciencia, y se difundan los mensajes de forma directa y divertida.



—Pero, ¿en qué? —dijo Juana—. No se me ocurre nada. Podríamos lavar la fruta que nos comemos y lavarnos las manos antes de comer.

—Dice mi mamá que es para no enfermarse —comentó Eulalia.

—Y tiene razón, pero se trata de que no sólo nosotros ya no nos enfermemos, sino que todos nuestros compañeros también estén sanos.

—¿Y si traemos de nuestras casas alimentos limpios y nutritivos para comer? —propuso Paco.

—Eso es una buena idea —dijo Diego—. Podemos pedirle a nuestras mamás que nos preparen tortas, frutas, agua fresca y...

—Mi mamá hace unas tortas riquísimas —interrumpió Paco.

—Bueno, pues que tu mamá haga las tortas; pero primero tenemos que preguntarle a nuestras mamás y hablar con la maestra para ver qué le parece nuestra idea.

—Sí, vamos —dijeron todos y se fueron corriendo a ver a la maestra. Cuando le explicaron lo que habían pensado, le pareció muy bien, y dijo:

–Cuando todos cooperan, se pueden hacer muchas cosas.

Y les pidió que avisaran a sus papás, para que al día siguiente se presentaran en la escuela.

En la junta, los niños y la maestra expusieron sus ideas, y todos los padres de familia estuvieron de acuerdo.

Desde entonces en la escuela los niños toman alimentos limpios, nutritivos y hechos con cariño y, por supuesto, ya no se han enfermado.



Reflexiona

¿Qué otro final le pondrías a la obra?

FIN

¿Cómo se llamó la obra?

Regresa al Libro del adulto y continúa con la Actividad 2, del tema 2, de la Unidad 4.

El peluquero del rey

Disfruta a través de la lectura de la siguiente obra.

● Introducción

El Instituto Nacional para la Educación de los Adultos en coordinación con la Secretaría de Educación Pública llevaron a cabo una recopilación de obras teatrales que permitieran mostrar al público la puesta en escena de diversos temas de interés social. Para ello, realizó la Antología *Juguetería teatral*, de la cual se obtuvo la obra que estás por leer.

Cuando leemos teatro echamos a volar la imaginación, pero cuando hacemos teatro es decir, cuando representamos las obras de teatro ponemos en marcha nuestro ingenio, desarrollamos la creatividad, promovemos la convivencia y coadyuvamos a la diversión de las otras personas.

● Reseña

Esta obra da cuenta de las vivencias de una pareja campesina en la que predomina la autoridad femenina.

El autor pone en personajes animales las palabras y personalidades humanas con cualidades negativas, como la codicia, el oportunismo, la intriga, la pereza, entre otras.

Todo empieza en un día común al mediodía, donde el peluquero, listo para alimentarse, recibe la visita de un cliente que desea el corte de su cabello. Ante la insistencia de la mujer, accede a trabajar y, durante este acto, descubre el gran secreto de su cliente. Ante la amenaza de muerte si no guarda el secreto, lo descarga en un cántaro, quien posteriormente lo difunde.



Jorge Ibargüengoitia

Nació en el estado de Guanajuato en el año de 1928. Escritor y periodista mexicano, es considerado uno de los más agudos e irónicos de la literatura hispanoamericana y un crítico mordaz de la realidad social y política de nuestro país.

Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Su obra abarca novelas, cuentos, piezas teatrales, artículos periodísticos y relatos infantiles. Algunas de estas obras se han llevado a la pantalla. En

el terreno del cuento, publicó *La ley de Herodes* (1976). Entre sus piezas teatrales destacan *Susana y los jóvenes* (1954), *Clotilde en su casa* (1955) y *El atentado* (1963). Murió trágicamente en un accidente aéreo en Madrid, España, en el año de 1983.



● Personajes

- Urraca
- Quiquiriquí
- Gavilán
- Rey
- Cántaro
- Mujer

* Jorge Ibargüengoitia, "El peluquero del rey", en *Juguetería teatral*, INEA, México.

(La decoración consiste en un telón de fondo, liso y de color claro; a la izquierda hay una entrada; cerca del telón y en el centro está una silla que es la del barbero. Entre la silla y la entrada hay unas ollas, cazuelas y un cántaro. Al frente izquierda, un metate y un comal sobre unas piedras, figurando un fogón. Cerca hay una fila de mazorcas mal dadas. Al correrse el telón, Urraca está moliendo masa. Es una mujer de peso completo y de gesto autoritario. Viste de otomí. Don Quiquiriquí, su marido, entra en ese momento. Es un hombre pequeñito, como la cuarta parte del volumen de su mujer. Es nervioso y tímido. Lleva las manos en el vientre y hace gestos de dolor.)



Urraca: ¿Qué pasa? ¿te duele la barriga?

Quiquiriquí: No.

Urraca: ¿Te pateó la burra?

Quiquiriquí: Ni me duele la barriga, ni me pateó la burra, lo que pasa es que ya es mediodía.

Urraca: Sí, ya es mediodía, ¿y qué tiene?

Quiquiriquí (Suplicante.): Urraca, mujer, mira que me estoy muriendo de hambre.

Urraca (Indiferente.): No piensas más que en tragar.

Quiquiriquí (Desesperado.): Todos los días me haces lo mismo, mujer, ¿cómo puedes ser tan despaciosa? Ya me estoy muriendo de tanta hambre que tengo.

Urraca: Por mí muérete, no sirves ni para trabajar, ni para nada.

Quiquiriquí (Ofendido.): ¿Cómo puedes decir eso? Me paso todo el día con la yunta, y tú no quieres ni echarme mis gordas, por estar platicando con las vecinas.

Urraca (Montada en cólera y parándose en jarras.): Y tú ¿qué te metes en lo que yo hago? ¡Grandísimo animal! ¿No te gustó?

Quiquiriquí (Conciliador.): No, mujercita, no he dicho nada, si eres una esposa dulce como un melón.

Urraca: Entonces, ¿qué quieres?

Quiquiriquí: Quiero comer, mujer, tengo la barriga vacía.

Urraca: Si la tienes vacía llénatela de agua, pero no estés llorando como una vieja.

Quiquiriquí: ¡Ay, mujer! ¿Cómo quieres que me llene la barriga de agua, si lo que tengo es hambre?

Urraca: Pues te la llenas de agua porque a mí se me da la gana.

(Coge la mano del metate y lo amenaza, Quiquiriquí se hinca y empieza a sacar agua del cántaro con una jícara.)



Reflexiona

¿Qué harán Urraca y Quiquiriquí?

Quiquiriquí: Perdón... Perdón.

Urraca *(A gritos.):* ¡A llenar la barriga de agua, para que no se queje de que la tiene vacía! *(Quiquiriquí empieza a sacar agua y a bebérsela, vacila entre jícara y jícara. Urraca levanta la mano y le grita "que se llene la panza". Quiquiriquí, después de tres jícaras, dice en tono lastimero.)*

Quiquiriquí: Ya no me cabe.

Urraca: ¡Que se llene la panza!

Quiquiriquí *(Tomando a fuerza agua.):* Ya no me cabe.



Urraca: ¡Que se la tome le digo! ¡Obedezca a su mujer!

Quiquiriquí *(Toma otra más. Suplicante.):* Ya hasta quiero reventar mujer, ya estoy como pellejo de pulque.

Urraca *(Ensordecedora.):* ¡Tómese otra!

(Don Quiquiriquí está a punto de obedecer, cuando aparece por la entrada el señor Gavilán, es un hombre muy próspero, viste como campesino pero muy limpio y elegante; está muy gordo.)

Gavilán: ¡Buenos días!

(Don Quiquiriquí escupe toda el agua que está bebiendo, y se levanta; su mujer contesta amable.)

Urraca: ¡Buenos días!, don Gavilán, ¿dónde ha estado?

Gavilán: Buenos días, doña Urraca, ¿cómo le ha ido? Buenos días, don Quiquiriquí.

Quiquiriquí: Buenos días.

Gavilán: Venía a pedirle de favor a doña Urraca, que le diera permiso a su marido don Quiquiriquí, de que me cortara el pelo y las barbas, porque mañana es la boda de mi hijo y quiero estar muy elegante.

Quiquiriquí: Viera usted don Gavilán, que como ando en el barbecho, no tengo tiempo.



Reflexiona

¿Cómo crees que reaccione Urraca ante la respuesta de Quiquiriquí?

Urraca *(Gritando.):* ¡Claro que sí tienes tiempo! Eres el hombre más flojo que hay en el rancho, y por eso es que me tienes tan encuerada y muerta de hambre. *(A don Gavilán.)* Sí le doy mi permiso, don Gavilán, ahora lo rasura.

Quiquiriquí *(Humilde.):* Como tú quieras, mujer.

Urraca: ¡Ándele menso, a rasurar a don Gavilán!

(Don Gavilán pone el sombrero en el suelo y se sienta, mientras Quiquiriquí saca los útiles de una olla. Don Gavilán llevará una peluca de fibra de lechuguilla que será cortada realmente durante la escena. Urraca se pone a moler nixtamal.)

Urraca: ¿Con que ya mañana se le casa el hijo?

Gavilán: Mañana se me casa, doña Urraca, ayer fueron las presentaciones.

Urraca: ¿Y va a traer música, don Gavilán?

Gavilán: Tres músicas, una de viento y dos de cuerda; y matamos diez borregos para hacerlos barbacoa, y diez tinajas de pulque, y treinta cartones de cerveza, y dos puercos para hacer carnitas, y ya tengo ocho mujeres echando tortillas y cinco cazuelas de arroz, y veinte guajolotes para hacer el mole, y a mi hijo le voy a regalar dos yuntas y dos fanegas de tierra para que las trabaje, y su casa, y el caballo comprado colorado que ganó todas las carreras, y a la novia le di un vestido de seda azul, y a sus papás les regalé una vaca, y al padre que venga a casarlos, le voy a dar diez gallinas gordas; yo me compré un sombrero nuevo y mis huaraches de suela. ¿Qué le parece?

Urraca *(Asombrada):* ¡Ay, señor Gavilán!, ¿De dónde saca usted dinero para tanta cosa? Si usted era tan pobre como nosotros. Con razón toda la gente dice que se encontró un entierrito.



Reflexiona

¿Qué contestará Gavilán?

¿Cómo crees que obtuvo su dinero?

Gavilán (*Despectivo*): No, ¡qué entierrito! Lo gané con mi trabajo, la gente que espera entierritos, muere esperándolos.

Urraca: Pues el bueno de mi esposo está esperando un entierrito desde que nos casamos, para comprarme unos huaraches y de esto ya hace veinte años.

Quiquiriquí (*Protestando*): ¡Ay, mujer, no digas eso! Yo bastante hago con trabajar lo que trabajo, y con sudar lo que sudo. Somos pobres porque han sido muy malos todos estos últimos años. Entre lo que me deja la tierrita y en lo que me gano haciendo la rasura, nos vamos apenas manteniendo.

Urraca: Mire ya nada más lo que nos queda de la cosecha. (*Señala las mazorcas*.) Apenas estamos en febrero y ya se nos acabó el rastrojo para la yunta y desde ahora empezaremos a endrogarnos y cuando venga la cosecha ya lo debemos todo.

Gavilán: Pero, hombre, Quiquiriquí, ¿por qué están ustedes tan pobres?

Es cierto que en estos años se han perdido todas las milpas, pero yo tengo donde aguantar porque voy guardando de los años buenos para los malos.

Además tú le haces el pelo al rey y algo te ha de quedar.

Quiquiriquí: Viera usted, don Gavilán, que el rey no ha venido desde hace mucho como cosa de seis meses, y hacerle el pelo era una de mis entradas porque cada vez que venía me daba cincuenta pesos.

Gavilán (*Asombrado*): ¡Cincuenta pesos!

Urraca: Cincuenta pesos y venía cada quince días.

Gavilán: ¿Pero para qué quieren entierrito, teniendo al rey?

Quiquiriquí: Urraca se bebía los cincuenta pesos de pulque en una semana y cuando venía el rey, ya quería más.

Urraca (*Ultrajada*): Tú te bebías la mitad del pulque, sinvergüenza.

Gavilán (*Explicándose todo*): Pues por eso están tan pobres.

Quiquiriquí: No, don Gavilán, ha sido la mala suerte; ya ve que la tierrita es muy mala, es una ladera y apenas se retiran tantito las aguas y se me seca la milpa. Luego que está tan llena de zacate y en agosto no se sabe si es milpa o zacatal. Además, no hemos encontrado ningún entierro como usted.



Reflexiona

¿Qué crees que haga Gavilán para tener dinero?

Gavilán (*Impaciente*): Yo no he encontrado ningún entierro. Todo lo que tengo es de mi trabajo, y buen trabajo que me ha costado, pero gracias a Dios ya tengo dinero para casar a mis hijos y para vivir tranquilo durante muchos años.

Urraca: Don Gavilán, dígle a mi esposo Quiquiriquí cómo le hizo para tener tanto dinero, porque ya estamos muy endrogados.

Quiquiriquí: ¿Le prendió una vela a San Isidro?

Gavilán: No.

Urraca: ¿Hizo una brujería?

Gavilán: No; es cierto mucho le hemos pedido a Dios mi mujer y yo, pero Dios ayuda a quien se ayuda. Todo empezó con que un ingeniero me regaló un costalito de semilla de trébol en la milpa a la hora de asegundar, y cuando tumbé la milpa, lo dejé ahí, ni lo corté ni nada. Luego barbeché con todo el trébol y quedó enterrado, bien podrido y seco. Pues ese trébol me sirvió de abono y ese año saqué la mejor cosecha que las anteriores. Los tres años siguientes fui haciendo lo mismo, y mira que mi tierra, que era muy cascajuda, fue haciéndose negra poco a poco y después aguantaba mojada más tiempo que todas las milpas de junto.

Ahora ya tengo cuatro tierras, y en dos de ellas corto el rastrojo y en las otras dos nada más la mazorca y barbecho sobre el rastrojo y así se pudre y va sirviendo de abono y cada año me va mejor. Además le echo toda la basura de mis corrales, en vez de quemarla y cada vez me da mejor cosecha. Eso sí, nunca dejo de rajar y cruzar antes de la siembra y después escardo y asegundo porque si no trabajas la tierra, así le puedes echar polvos de la madre Celestina, que no sacarás nada.



Reflexiona

¿Cómo crees que reaccione Urraca?

Urraca (*Reprendiendo a Quiquiriquí.*): ¡Ya ves, inútil! Tú ni barbecheas, ni asegundas, ni echas abono en la tierra, por eso me tienes tan encuerada y muerta de hambre, ¡flojo!

Gavilán (*Conciliador.*): Es que no sabía doña Urraca, pero ahora que ya sabe no le va a ir tan mal. ¿Verdad, don Quiquiriquí?

Quiquiriquí (*No convencido.*): Sí, sí, ya no me va a ir tan mal. (*Termina de rasurar a don Gavilán. Este saca un rollo de billetes.*)

Gavilán: ¿Cuánto le debo, don Quiquiriquí?

Quiquiriquí: Serán dos reales.

Urraca: Que sean tres, don Gavilán.

Gavilán: Tenga un peso para que se tome un pulque a mi salud y mañana no dejen de ir a la boda. No se les vaya a olvidar.

Urraca: No se nos olvida.

(*Mira codiciosa el billete de su marido. Don Gavilán toma su sombrero preparándose a salir.*)

Gavilán: Que pase buen día, doña Urraca.

Urraca: Que pase buen día, don Gavilán.

Gavilán: Que pase buen día, don Quiquiriquí.

Quiquiriquí: Que pase buen día, don Gavilán.

(*Don Gavilán sale, doña Urraca extiende la mano.*)

Urraca: Da acá ese peso, lo necesito para frijoles.

Quiquiriquí: ¡Hey, Urraca! déjame aunque sea tres reales.

Urraca: Dacá ese peso, lo necesito para maíz.

Quiquiriquí: ¡Ay Urraca!, déjame aunque sea dos reales.

Urraca: Dacá ese peso, lo necesito para pulque (*Insinúa*). Te doy.

Quiquiriquí: ¡Ay Urraca!, yo ya no quiero ni pulque, no ves que tengo la panza llena de agua.

Urraca: Entonces dacá ese peso.

(Se lo quiere arrebatar, Quiquiriquí no se deja y le dan una trompada que lo deja tirado en el suelo patas para arriba y con los brazos en cruz. Urraca coge un jarro y sale muy contenta. Tres o cuatro segundos después regresa corriendo y trata de revivir a su marido.)

Urraca: Quiquiriquí, despierta, despierta que el rey viene derecho acá y se ha de querer hacer el pelo; despierta, esposo mío. Mira que te quiero mucho y no volveré a pegarte, mi gorrión, despierta, despierta mi gorrión; no te volveré a pegar. Te lo juro, mi gorrión. Despierta, mi gorrión precioso. *(Pierde la paciencia y le da una ruidosa bofetada, gritando)* ¡Despierta, menso!

Quiquiriquí (*Despertándose se incorpora en estado deplorable*): Quiubo, quiubo. *(Cuando ve a su mujer frente a él, vuelve a desmayarse.)*

Urraca: ¡Que viene el rey a hacerse el pelo!

(Quiquiriquí se levanta rápido y en pleno uso de sus facultades prepara una jícara de la que sale una increíble cantidad de espuma. Urraca arregla la silla del barbero, hace que limpia algunas cosas en desorden. Entra el rey con un sombrero gigantesco, con plumas rojas. Urraca y Quiquiriquí se desploman en el suelo y hacen salmas. El rey adusto y de pocas palabras.)

Rey: Buenos días, Quiquiriquí.

Quiquiriquí: Buenos días, rey.

Urraca: Buenos días, su Majestad.

Rey: Vine a ver a tu marido, así que lárgate.

Urraca (*Mansa paloma.*): Sí, su Majestad, como usted ordene y mande (*Sale.*)

Quiquiriquí: Perdona la pregunta, su Majestad, ¿pero por qué trae ese sombrero tan grandote?

Rey: ¡Ay, Quiquiriquí!, algo muy feo me ha sucedido, por eso no había venido a hacerme el pelo en tanto tiempo, tú vas a ser el único que sepa lo que me ha ocurrido, pero si se lo cuentas a alguien te juro que te corto las orejas. Este es un secreto que sólo tú y yo sabremos.

Quiquiriquí (*Tembloroso.*): Mejor ni me lo cuente, rey.

Rey: Lo tienes que saber, porque no hay más remedio. Mi mujer me echó de la casa y me dijo que no volviera hasta que no me hiciera el pelo, y por eso vas a tener que conocer mi secreto. Pero si alguien más se llega a enterar, mando que te maten y después te cuelguen de mi mezquita. Júrame, Quiquiriquí, que a nadie se lo vas a contar.

Quiquiriquí: Si no hay más remedio, lo juro, rey.

Rey: Bueno, tu silencio será bien pagado, y te quedaré eternamente agradecido; vuelve a jurar.

Quiquiriquí: Se lo juro, rey.



Reflexiona

¿Qué le pasará al rey?

¿Cuál será el secreto?

Rey: Ahí te va.

(El rey se quita el sombrero trabajosamente y con cuidado, dejando al descubierto una melena que tiene efectivamente seis meses, y parece fibra de lechuguilla, entre tanto cabello se ven salir dos cuernos enormes, entre de diablo y chivo, largos y torcidos.)



Quiquiriquí (*Horrorizado.*): ¡Válgame, María Santísima, qué cosa tan terrible le ha sucedido a usted, rey! Hasta quiero desmayarme. *(Se detiene de la silla.)*

Rey (*Tranquilizador.*): No te espantes, Quiquiriquí, hazme el pelo y guarda el secreto. *(El rey se sienta en la silla del barbero. Recordemos que será una rasurada de rey, así que tendrá que ser pródiga en jabón. Quiquiriquí habla en confianza al público, mientras el rey espera sentado majestuosamente.)*



Reflexiona

¿Qué crees que haga Quiquiriquí con el secreto del rey?

Quiquiriquí: Santísimo Señor de Jalpa, dame fuerzas para que no diga esto que he visto a nadie; que no se me salga delante de mi mujer; que no se lo diga mientras esté dormido. ¡Santísimo Señor de Jalpa, ayúdame a salir de este atascadero!

(Con la espuma de la jícara llena al rey de pies a cabeza. El rey permanece inmóvil como la estatua del Comendador. Luego, con tijeras enormes, corta el pelo y barba hábilmente. Por fin, echa un cántaro de agua en la cabeza para quitarle la espuma sobrante, luego lo seca con huipil, hace esto con naturalidad).

Rey, está usted servido.

(El rey se levanta majestuoso, se pone sombrero, saca unas monedas).

Rey: Toma dos monedas de oro para que vivas feliz unos días, cuando se te acabe ven a verme y te daré más, pero a condición de que no digas a nadie lo que has visto en mi cabeza. Si no guardas el secreto de mis cuernos, no te daré dinero y te mandaré a matar. ¿Entendido?

Quiquiriquí: Entendido, rey; gracias, gracias, muchísimas gracias. Que pase buen día, rey.

Rey (Saliendo.): Que pases buen día, Quiquiriquí.

Quiquiriquí (Saltando.): ¡Soy rico! ¡Soy rico!

(Esconde una moneda en el cántaro y otra en la camisa). Mi mujer creará, que sólo me dieron una moneda y con la otra podré comprar lo que se me antoje.

Urraca (Entra corriendo.): Dacá el dinero.

Quiquiriquí (Actuando.): ¿Cuál dinero?

(Urraca hace movimiento para golpearlo, Quiquiriquí le quiere dar la moneda de la camisa; ella mira la moneda).

Urraca: ¡Una moneda de oro!

¡Nunca habíamos tenido tanto dinero! *(Feliz.)* Me voy a comprar un rebozo y unas enaguas y una camisa y un huipil.

Quiquiriquí: Y una fanega de maíz.

Urraca: Y una tinaja de pulque.

Quiquiriquí: Y yo un sombrero.



Urraca: Y yo un vestido de seda azul. Como el de la novia.

Quiquiriquí: Y yo, un caballo colorado.

Urraca: Y yo, zapatos como los de la reina.

Quiquiriquí: ¡Somos ricos, Urraca, somos ricos!

(Danzan una polka, con música de fondo. Cuando termina, ella pregunta.)

Urraca *(Sospecha.):* ¿Y por qué te dio tanto dinero el rey, mi gorrioncito?

Quiquiriquí *(Cayendo de las nubes.):* Este... porque... tenía ya mucho pelo y me costó mucho trabajo rasurarlo.

Urraca: ¿Y por qué no había venido antes, gorrioncito?

Quiquiriquí: Porque... porque... estaba enfermo y... le hacía daño... *(Feliz del pretexto.)*

Urraca: ¿No le habrás robado tú el dinero, gorrion?

Quiquiriquí *(Digno.):* ¿Cómo puedes creer que yo iba a robar al rey?

Urraca: ¿Estás seguro que no fuiste tú el que le quitó el dinero, gorrion?

Quiquiriquí *(Exasperado.):* Seguro, Urraca, él me lo dio.

Urraca: ¿Pero por qué te dio tanto dinero?

Quiquiriquí: Te diré la verdad. *(Piensa un momento y luego sonriente.)* No me regaló el dinero, sino que....

Urraca *(Interrumpe.):* ¡Se lo robaste!

Quiquiriquí: No se lo robé, me pagó un dinero que me debía.

Urraca *(Burlona.):* ¿El rey te debía dinero, gorrion? ja ja ja.

Quiquiriquí: Es que le vendí...

Urraca: ¿Qué le vendiste gorrion? Si no tienes nada.

Quiquiriquí: Entonces este... el rey me lo dio porque mañana es el día de mi santo... San Quiquiriquí, ¡Sí, el veinte de febrero!

Urraca *(Meditando.):* ¿Es tu santo? ¿Mañana...? Bueno, me has contado tantas mentiras que no te voy a comprar sombrero, voy a avisar a mis compadres que ya somos ricos.

(Sale muy orgullosa. Quiquiriquí queda solo y se tapa la boca precipitadamente, luego empieza a brincar muy angustiado durante lo siguiente).



Reflexiona

¿Por qué consideras que Quiquiriquí ocultó la segunda moneda de oro?

¿Qué hará Quiquiriquí con el secreto del rey?

Quiquiriquí: No voy a poder aguantar sin decirle a nadie que el rey tiene cuernos. No voy a poder aguantar. Lo voy a tener que decir, lo tengo que decir. *(Su molestia es mayor, hace esfuerzos para contener algo que se le quiere salir de la boca.)* Lo voy a tener que decir... ¡El rey... *(Se tapa la boca danza nervioso.)* Lo tengo que decir, no aguanto ¡El rey tiene... *(Se tapa la boca. Repite la operación tres veces hasta que se detiene confortado por una brillante idea que se le ha ocurrido.)* ¡Lo diré! ¡Se lo diré al cántaro y lo taparé! Sí, sí, sí. Así nadie lo sabrá, y yo ya estaré tranquilo. *(Quiquiriquí se hinca y se emboca el cántaro, y grita con todas*

sus fuerzas). ¡El rey tiene cuernos! ¡El rey tiene cuernos! (Tapa apresurado el cántaro, con un tapón de rastrojo o de penca de nopal y se desploma, como un hombre que ha salido de un gran apuro. Entra la Urraca y entra a verlo tapando el cántaro, grita.)

Urraca: ¡Quiquiriquí! ¿Qué escondes ahí, ladrón?

Quiquiriquí (Asustadísimo): ¿Yo? Nada... nada.

Urraca: Dime qué escondes ahí... (Amenazadora.) Dime qué escondes ahí.

Quiquiriquí: Te digo que no escondo nada, güilotita.

(Urraca se acerca al cántaro y quita el tapón para ver qué esconde, entonces se oye la voz ahogada y burbujeante del cántaro.)

Cántaro (Gritando): ¡El rey tiene cuernos!

(Urraca cae espantada. Quiquiriquí se tapa los oídos atemorizado, el cántaro repite el grito a intervalos regulares. Llegan varias mujeres y se paran alrededor del cántaro absortas, mientras éste sigue gritando a voz en cuello "El rey tiene cuernos". Entra otra mujer apuradísima.)

Mujer: ¡El rey! ¡Viene el rey para acá! ¡Y trae un cuchillote!



Reflexiona

¿Qué hará el Rey a Quiquiriquí ahora que ya conocen su secreto?

(Todas las mujeres salen corriendo por la puerta. Quiquiriquí se prepara para morir. Urraca sigue hecha una idiota. Entra el rey provisto de enorme y reluciente espada y empieza por querer degollar a Quiquiriquí pero el cántaro grita "El rey tiene cuernos". Entonces quiere romper el cántaro. Grita Urraca "El rey tiene cuernos" uno en cada extremo de la habitación. El rey va de un lado para otro, queriendo matar, pero no decide por dónde empezar. Por fin rompe el cántaro y la moneda guardada ahí rueda por la habitación. Urraca, al verla, se pone furiosa con Quiquiriquí y se le echa encima, queriéndolo golpear.)

Urraca: ¡Con que escondiendo dinero! ¡Ladrón! ¡Tacaño! (Cuando empiezan a luchar se dan cuenta de que abrazados el rey los va a degollar de un golpe y lo miran aterrorizados. El rey se prepara para usar su espada, pero entonces entran todas las mujeres, cogidas de la mano, y don Gavilán; y bailan cantando todos "El rey tiene cuernos". El rey queda hecho un idiota en medio del círculo. Mientras todos bailan a su alrededor cantando "El rey tiene cuernos" Urraca y Quiquiriquí se unen a la danza, mientras baja lentamente el telón).



Reflexiona

¿Consideras que esta obra, en la que los personajes son animales, pueda ser representada por personas?

FIN

¿Cómo se llamó la obra?

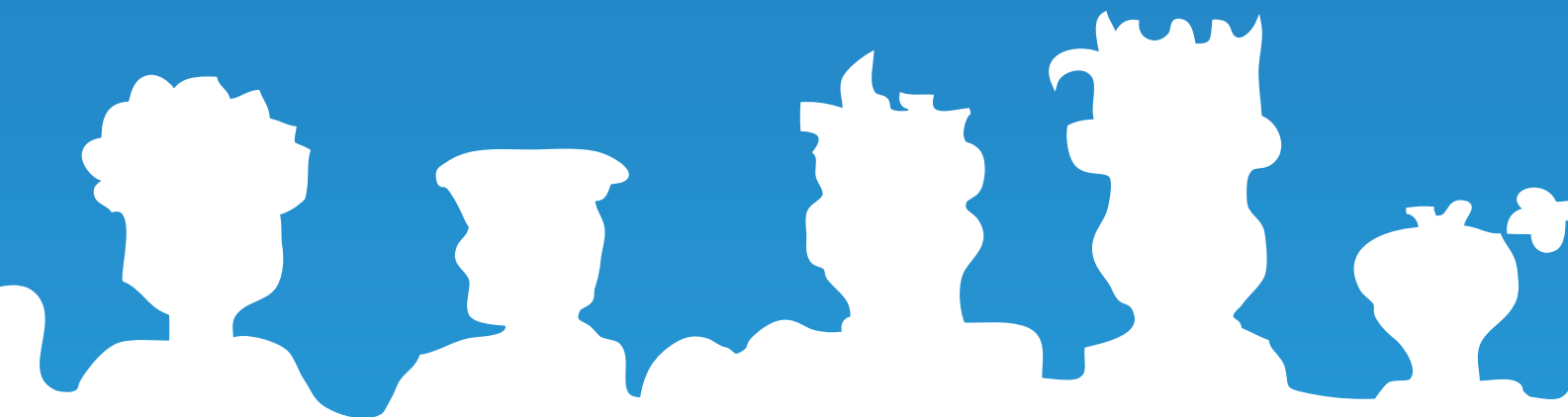
Regresa al Libro del adulto y continúa con la Actividad 2, del tema 3, de la Unidad 4.





Obras teatrales románticas

Don Juan Tenorio
Romeo y Julieta



Don Juan Tenorio

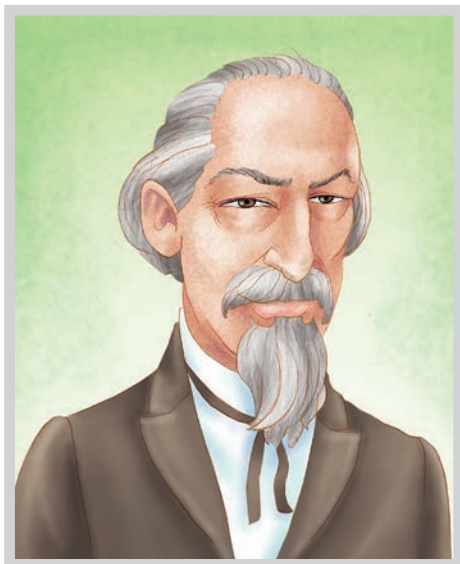
Disfruta a través de la lectura del fragmento de esta obra

● Introducción

Drama religioso-fantástico en dos partes escrito en 1884 por José Zorrilla. Constituye una de las dos principales materializaciones literarias en lengua castellana del mito de Don Juan. La otra es *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, de 1630, atribuida a Tirso de Molina y de la que *Don Juan Tenorio* es deudora, según reconoce el propio autor en sus *Recuerdos del tiempo viejo*.

● Reseña

El inicio es cuando Ciutti y Buttarelli hablan de sus dos amos, el amo de Ciutti es Don Juan, un hombre que se destaca por ser el burlador del honor de las mujeres de Sevilla, tanto que llega a tener una larga lista de nombres e incluso fanfarronea de su capacidad para convencerlas, al grado de que apuesta con Don Luis convencer a una dama respetable (Doña Inés), de quien quedará perdidamente enamorado. Al final de la obra, Don Juan y Doña Inés mueren, y esta última pide el perdón para el alma pecadora de Don Juan.



José Zorrilla

(1817-1893)

Zorrilla nació en Valladolid en 1817, y a los pocos años su familia se fue a radicar a Madrid. Allí realizó estudios en el Seminario de Nobles. En 1833 estudió Derecho en la Universidad de Toledo, para continuar su formación en Valladolid, pero abandonó su carrera y en 1836 regresó a Madrid. Comenzó a incursionar en la poesía, colaboró en periódicos y dio a conocer la publicación de sus poemas. Se trasladó a México, luego regresó a España, estuvo en Italia y en Francia. En 1882 ingresó en la Real Academia Española, y en 1889 fue reconocido como Poeta Nacional en Granada. Falleció en 1893. Escribió poesías líricas, leyendas en verso y teatro.

Descubre cómo se desarrolla esta divertida historia de amor, a través de la lectura del fragmento de la obra.



⦿ Personajes

- Don Juan Tenorio
- Don Luis Mejía
- Don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava
- Don Diego Tenorio
- Doña Inés de Ulloa
- Doña Ana de Pantoja
- Cristóforo Butarelli

* José Zorrilla. *Don Juan Tenorio*. Fragmentos seleccionados. Segunda edición, Grupo Editorial Tomo, México, 2002, pp. 5-181.

- Marcos Ciutti
- Brígida
- Pascual
- El capitán Centellas
- Don Rafael de Avellaneda
- Lucía
- La Abadesa de las Calatravas de Sevilla
- La tornera de Ídem
- Gastón
- Miguel
- Un escultor
- Alguaciles 1º y 2º
- Un paje (que no habla)
- La Estatua de Don Gonzalo (él mismo)
- La sombra de Doña Inés (ella misma)
- Caballeros, sevillanos, encubiertos, curiosos, estatuas, sombras, esqueletos, ángeles, justicia y pueblo.

La acción en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años después, y en otra noche...

Parte primera

Primer acto

Primera escena

Hostería de Cristóforo Butarelli: Puerta en el fondo que da a la calle: mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar.

Don Juan, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo. Ciutti y Butarelli a un lado, esperando. Al levantarse el telón se ven pasar por la puerta del fondo máscaras, estudiantes y pueblo con hachones, música, etcétera.

Don Juan: ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero, mal rayo me parta si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!

(Sigue escribiendo)

Buttarelli: (A Ciutti): Buen carnaval.

Ciutti: (A Butarelli): Buen agosto
para rellenar la arquilla.

Butarelli: ¡Quiá! Corre ahora por Sevilla
poco gusto y mucho mosto.
Ni caen aquí buenos peces,
que son cosas mal miradas
por gentes acomodadas
y atropelladas a veces.

Ciutti: Pero hoy...

Butarelli: Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti; se ha hecho buen trabajo.

Ciutti: ¡Chist! Habla un poco más bajo,
que mi señor se impacienta pronto.

Butarelli: ¿A su servicio estás?

Ciutti: Ya ha un año.

Butarelli: ¿Y qué tal te sale?

Ciutti: No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.

Butarelli: ¡Cuerpo de tal, qué destino!

Ciutti: (Señalando a don Juan): Y todo ello a costa ajena.

Butarelli: Rico, ¿eh?

Ciutti: Varea la plata.

Butarelli: ¿Franco?

Ciutti: Como un estudiante.

Butarelli: ¿Y noble?

Ciutti: Como un infante.

Butarelli: ¿Y bravo?

Ciutti: Como un pirata.

Butarelli: ¿Español?

Ciutti: Creo que sí.

Butarelli: ¿Su nombre?

Ciutti: Lo ignoro en suma.

Butarelli: ¡Bribón! ¿Y dónde va?

Ciutti: Aquí.

Butarelli: Largo plumea.

Ciutti: Es gran pluma.

Butarelli: ¿Y a quién mil diablos escribe tan cuidadoso y prolijo?

Ciutti: A su padre.
Butarelli: ¡Vaya un hijo!,
para el tiempo en que se vive
es un hombre extraordinario.

(Más silencio)

Don Juan: (Cerrando la carta.): Firmo y plego.
¿Ciutti?

"Sabías que..."

En México la obra teatral *Don Juan Tenorio* se representa en el mes de noviembre de cada año y, en muchas ocasiones, utiliza como escenario el claustro de algún exconvento.



Ciutti: Señor.
Don Juan: Este pliego
irá dentro del horario
en que reza doña Inés
a sus manos a parar.
Ciutti: ¿Hay respuesta que aguardar?
Don Juan: Del diablo con guardapiés
que la asiste, de su dueña
que mis intenciones sabe,
recogerás una llave,
una hora y una seña;
y más ligero que el viento
aquí otra vez.
Ciutti: Bien está. [...]



[...] **Don Juan:** La historia es tan semejante
que está en el fiel la balanza;
mas vamos a lo importante,
que es el guarismo a que alcanza
el papel, con que delante.

Don Luis: Razón tenéis en verdad.
Aquí está el mío: mirad,
por una línea apartado
traigo los nombres sentados
para mayor claridad.

Don Juan: Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el mío:
en dos líneas separadas
los muertos en desafío
y las mujeres burladas.
Contad.

Don Luis: Contad.

Don Juan: Veintitrés.

Don Luis: Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

Don Juan: Son los muertos.

Don Luis: Matar es.

Don Juan: Nueve os llevo.

Don Luis: Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.

Don Juan: Sumo aquí cincuenta y seis.

Don Luis: Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

Don Juan: Pues perdéis.

Don Luis: ¡Es increíble, don Juan!

Don Juan: Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.

Don Luis: ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

Don Juan: Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
¡oh!, ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?

Don Luis: Sólo una os falta la justicia.
Don Juan: ¿Me la podéis señalar?
Don Luis: Sí, por cierto: una novicia
que esté para profesar.
Don Juan: ¡Bah! Pues yo os complaceré
doblemente, porque os digo
que a la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.
Don Luis: ¡Pardiez, que sois atrevido!
Don Juan: Yo os lo apuesto si queréis.
Don Luis: Digo que acepto el partido.
Para darlo perdido,
¿queréis veinte días?
Don Juan: Seis.
Don Luis: ¡Por Dios, que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?



Reflexiona

Tomando en cuenta que es un hombre mujeriego, ¿por qué crees que son seis días los que emplea don Juan en cada mujer?

Don Juan: Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguir las,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas,
y una hora para olvidarlas.
Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja
porque, pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.
Don Luis: Don Juan, ¿qué es lo que decís?
Don Juan: Don Luis, lo que oído habéis.
Don Luis: Ved, don Juan, lo que emprendéis.
Don Juan: Lo que he de lograr, don Luis.
Don Luis: ¡Gastón! (*Llamando.*)

Gastón: ¿Señor?
Don Luis: Ven acá.
(Habla don Luis en secreto con Gastón, y éste se va precipitadamente.)
Don Juan: ¡Ciutti! *(Llamando.)*
Ciutti: ¿Señor?
Don Juan: Ven aquí.
(Don Juan habla en secreto con Ciutti, y éste se va precipitadamente.)
Don Luis: ¿Estáis en lo dicho?
Don Juan: Sí.
Don Luis: Pues va la vida.
Don Juan: Pues va.
(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con don Juan y don Luis.)



Reflexiona

¿Qué crees que le haya dicho en secreto don Luis a Gastón?
 ¿Qué crees que don Juan le haya dicho a Ciutti en secreto?

Don Gonzalo: ¡Insensatos! ¡Vive Dios
 que a no temblarme las manos
 a palos, como a villanos, os diera muerte a los dos!

Don Juan y

Don Luis: Veamos.

Don Gonzalo: Excusado es,
 que he vivido bastante
 para no estar arrogante
 donde no puedo.

Don Juan: Idos, pues.

Don Gonzalo: Antes, don Juan, de salir
 de donde oírme podáis,
 es necesario que oigáis
 os que tengo que decir.
 Vuestro buen padre don Diego,
 porque pleitos acomoda,
 os apalabró una boda
 que iba a celebrarse luego;
 pero por mí mismo yo,
 lo que erais queriendo ver,
 vine aquí al anochecer,
 y el veros me avergonzó.

Don Juan: ¡Por Satanás, viejo insano,
que no sé cómo he tenido
calma para haberte oído
sin asentarse la mano!
Pero di pronto quién eres,
porque me siento capaz
de arrancarle el antifaz
con el alma que tuvieres.

Don Gonzalo: ¡Don Juan!

Don Juan: ¡Pronto!

Don Gonzalo: Mira, pues.

Don Juan: ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo: El mismo soy.
Y adiós, don Juan; mas desde hoy
no penséis en doña Inés.
Porque antes de consentir
en que se case con vos,
el sepulcro, ¡juro a Dios!,
por mi mano le he de abrir.

Don Juan: Me hacéis reír, don Gonzalo;
pues venirme a provocar es como ir a amenazar
a un león con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir os quiero a mi vez a vos,
que o me la dais, o por Dios, que a quitárosla he de ir.

Don Gonzalo: ¡Miserable!

Don Juan: Dicho está:
sólo una mujer como ésta me falta para mi apuesta;
ved, pues, que apostada va.

(Don Diego, levantándose de la mesa en que ha permanecido encubierto mientras ocurre la escena anterior, baja al centro de la escena, encarándose con don Juan.)



Don Diego: No puedo más escucharte,
vil don Juan, porque recelo
que hay algún rayo en el cielo
preparado para aniquilarte.
¡Ah...! No pudiendo creer
lo que de ti me decían,
confiando en que mentían,
te vine esta noche a ver.
Pero te juro, malvado,
que me pesa haber venido
para salir convencido
de lo que es para ignorado.
Sigue, pues, con ciego afán
en tu torpe frenesí,
mas nunca vuelvas a mí;
no te conozco, don Juan.

Don Juan: ¿Quién nunca a ti se volvió,
ni quién osa hablarme así,
ni qué me conozca o no?

Don Diego: Adiós, pues, mas no te olvides
de que hay un Dios justiciero.

Don Juan: Ten. *(Deteniéndole.)*

Don Diego: ¿Qué quieres?

Don Juan: Verte quiero.

Don Diego: Nunca, en vano me lo pides.

Don Juan: ¿Nunca?

Don Diego: No.

Don Juan: Cuando me cuadre.

Don Diego: ¿Cómo?

Don Juan: Así. *(Le arranca el antifaz.)*

Todos: ¡Don Juan!

Don Diego: ¡Villano!
Me has puesto en la faz la mano!

Don Juan: ¡Válgame Cristo, mi padre!

Don Diego: Mientes, no lo fui, jamás.

Don Juan: ¡Reportaros, con Balcebú!

Don Diego: No, los hijos como tú
son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea lo hablado.

Don Gonzalo: Ya lo es por mí; vamos.

Don Diego: Sí, vamos de aquí

donde tal monstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono;
me matas..., mas te perdono
de Dios en el santo juicio.

(Se van poco a poco don Diego y don Gonzalo.)

Don Juan: Largo el plazo me ponéis,
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis.
Con que no paséis afán
de aquí en adelante por mí,
que como vivió hasta aquí,
vivirá siempre don Juan. [...]



Reflexiona

¿Qué crees que suceda en el tercer acto?

Parte segunda [...] Tercer acto Primera escena

Misericordia de Dios, y Apoteosis de Amor

Personajes

- Don Juan
- Doña Inés
- La estatua de Don Gonzalo
- Sombras, estatuas, espectros, ángeles, panteón de la familia Tenorio.

Don Juan, embozado y distraído, entra en la escena lentamente.



Reflexiona

¿Cuál crees que sea el diálogo final de don Juan?

Don Juan: Culpa mía no fue; delirio insano
me enajenó la mente acalorada.
Necesitaba de víctimas mi mano
que inmolar a mi fe desesperada
y al verlos en mitad de mi camino,
presa les hice allí de mi locura.
No fui yo, ¡Vive Dios!, ¡fue su destino!
Sabían mi destreza y mi ventura. [...]
[...] ¡Jamás mi corazón concibió que hubiere
nada más que el valor...! Que se aniquila
el alma con el cuerpo cuando muere
creí..., mas hoy mi corazón vacila.
¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríos!
Más del fantasma aquel pese a mi aliento,
los pies de piedra caminando siento
por doquiera que voy, tras de los míos.
¡Oh! Y me trae a este sitio irresistible
misterioso poder...[...]

[...] **Don Juan:** ¡Clemente Dios, gloria a Ti!
Mañana a los sevillanos
aterrará el creer que a manos
de mis víctimas caí.
Mas es justo; quede aquí
al universo notorio
que, pues abre el purgatorio un punto de penitencia,
que es Dios de la clemencia
el Dios de Don Juan Tenorio.

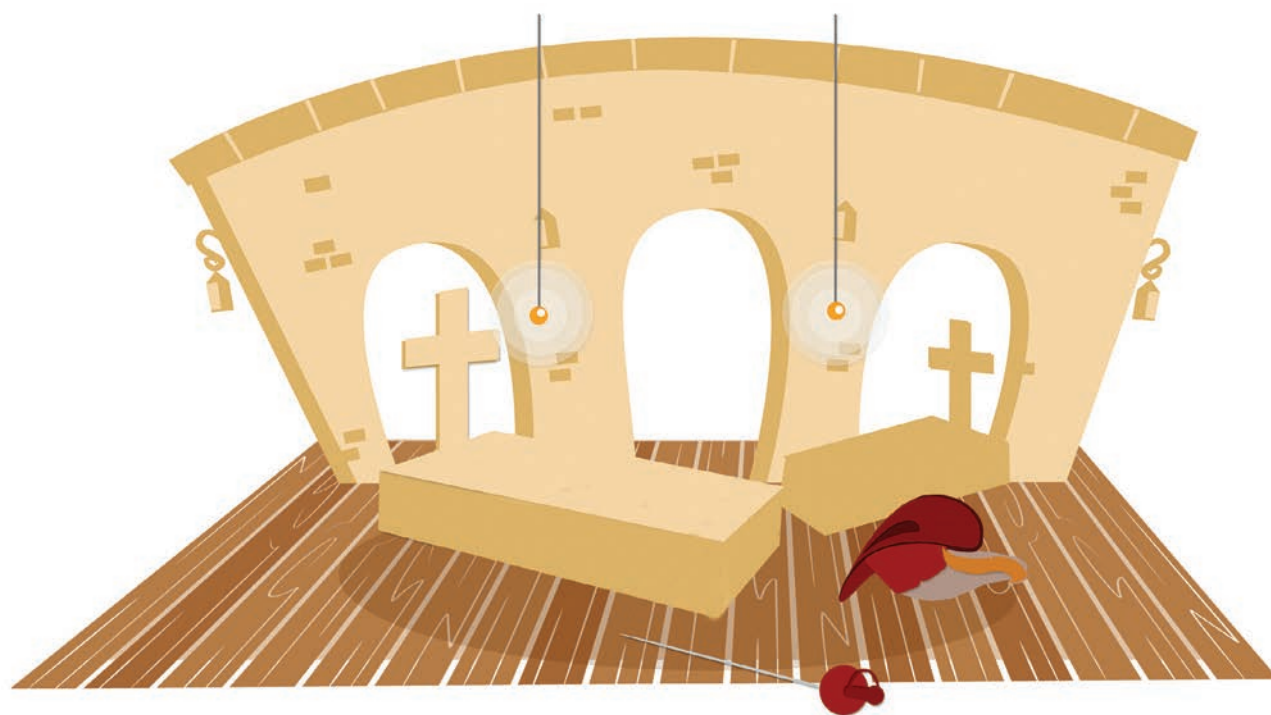
(Caen don Juan y doña Inés, y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)



FIN

¿Cómo se llamó la obra?

Regresa al Libro del adulto y continúa con la Actividad 4, del tema 2, de la Unidad 1.



Romeo y Julieta

Disfruta la lectura de un fragmento de la siguiente obra

● Introducción

En *Romeo y Julieta* surge el amor como una necesidad ineludible del hombre, llevado a la sublimación. En Shakespeare encontramos todos los valores humanos, a la persona proyectada en todas sus facetas, en sus cualidades y defectos, lo que nos hace vibrar con sus personajes, identificarnos con ellos y comprenderlos a cada momento.

● Reseña

El inicio es el odio entre dos familias, la de los Capuleto y la de los Montesco. Romeo, hijo de Montesco, se enamora de Julieta, hija de los Capuleto, quien candorosamente corresponde a este amor. Se casan a escondidas, pero cuando Romeo da muerte a un primo de Julieta es desterrado de Verona, por lo que necesitarán de la ayuda de un sacerdote para estar juntos. Por una confusión, ambos mueren terminando con ello el odio entre ambas familias.



WILLIAM SHAKESPEARE

(1564-1616)

William Shakespeare fue un dramaturgo, poeta y actor inglés. Conocido en ocasiones como el Bardo de Avon (o simplemente El Bardo), Shakespeare es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal. Las obras de Shakespeare han sido traducidas a multitud de idiomas y sus piezas dramáticas continúan representándose por todo el mundo. Además, muchas citas y neologismos de sus obras han pasado a formar parte del uso cotidiano, tanto en el inglés como en otros idiomas. Con el

paso del tiempo, se ha especulado mucho sobre su vida, cuestionando su sexualidad, su afiliación religiosa e, incluso, la autoría de sus obras.



● Personajes

- Escalo, príncipe de Verona
- Paris, joven noble, pariente del príncipe
- Montesco, jefe de la familia Montesco
- Capuleto, jefe de la familia Capuleto
- Un anciano, tío de Capuleto
- Romeo, hijo de Montesco
- Mercutio, pariente del príncipe y amigo de Romeo
- Benvolio, sobrino de Montesco y amigo de Romeo
- Tíbaldo, sobrino de Capuleto

* William Shakespeare. *Romeo y Julieta* (Obra completa). Introducción por T. J. B. Spencer. Traducción de: R. Martínez Lafuente. Fragmentos seleccionados. España, Ed. RBA, 2003, pp. 63-238.

- Fray Lorenzo, fraile franciscano
- Baltasar, criado de Romeo
- Sansón, criado de Capuleto
- Gregorio, criado de Capuleto
- Abraham, criado de Montesco
- Pedro, criado de la nodriza de Julieta
- La señora de Montesco, esposa de Montesco
- La señora de Capuleto, esposa de Capuleto
- Julieta, hija de Capuleto
- La nodriza de Julieta
- Un paje al servicio de Paris
- Un paje al servicio de Mercucio
- Un boticario
- Tres músicos
- Un oficial
- Coro
- Un niño

Ciudadanos de Verona, hombres y mujeres partidarias de las familias Capuleto y Montesco, enmascarados, guardias, vigilantes nocturnos, criados y acompañamiento.

Gran parte de la obra pasa en Verona, y el acto quinto en Mantua.

🕒 **Prólogo**

(El prólogo se dirige al público, como el coro en el antiguo teatro griego.)

Dos familias de igual nobleza habitan en la ciudad de Verona, hacia donde vamos a conduciros; imponiéndose entre ellas antiguas rivalidades, las manos de ciudadanos que manchan con sangre de ciudadanos. Se oye entonar un canto de amores en ambas casas; el heredero de la una ama a la heredera de la otra, pero la suerte persigue a los amantes, y sólo su muerte puede destruir y enterrar el odio de las dos familias. ¡Venid a contemplar el odio tradicional de estas dos familias, que sólo puede aplacarse ante los cadáveres de dos adolescentes!

Tal es la obra que nuestro teatro os ofrece durante dos horas. Prestad atención y supliréis con vuestro juicio lo que falte a la tragedia.

Primer acto

UNA PLAZA PÚBLICA

Sansón y Gregorio, armados de espadas y broqueles; luego Abraham, Baltasar, Benvolio, Tibaldo, Romeo, Capuleto, La señora de Capuleto, Montesco, La señora de Montesco, El Príncipe y su séquito.



- Sansón:** Gregorio, por mi espada. No soportaremos más esta carga.
- Gregorio:** ¡Cómo soportar! ¡Eso sería bueno para carboneros!
- Sansón:** Si nos provocan, ¡vive Dios!, será necesario no aflojar.
- Gregorio:** Afloja tu jubón, si te parece, y así respirarás mejor.
- Sansón:** Es que cuando yo me meto en danza, no soy flojo para repartir golpes.
- Gregorio:** Afortunadamente, acostumbras en cambio a ser muy flojo para meterte en danza.
- Sansón:** Flojo, ¿eh? Pues que uno de esos perros de Montesco aparezca, y verás si soy flojo para moverme.
- [...] **Gregorio:** Con eso muestras ser un débil esclavo, pues arrimarse a la pared es de débiles.
- Sansón:** ¡Cierto! Por eso las mujeres, vasijas débiles, son siempre empujadas a la pared. Echaré pues a los hombres Montesco de la pared y a las doncellas a ella las arrimaré.
- Gregorio:** Nuestros amos y nosotros andamos siempre en continua lucha.

Sansón: Sin duda, y al fin me mostraré como un tirano: después de despachar a los hombres será educado con las doncellas... ¡Les cortaré la cabeza!

Gregorio: ¿Las cabezas de las doncellas?

Sansón: Las cabezas de las doncellas o su doncellez. ¡Tómalo como quieras!

Gregorio: Ellas o ellos son los que lo han de tomar como quieran.

Sansón: Me es igual: tengo la mano buena y el puño fuerte.

Gregorio: ¡Oh! ¡Fuerte, sí! Ya se sabe que no eres de trapo. ¡Espadas al aire, compañero, que se acercan dos Montesco!

(Entran Abraham y Baltasar.)

Sansón: Estoy dispuesto y con la mano en la espada. Llegó el momento...

Gregorio: ¿De correr?

Sansón: No tengas miedo.

Gregorio: ¿De ti? No por cierto. [...]



Reflexiona

¿Cómo te imaginas el lugar donde se desarrolla la obra?

Gregorio: Caballero, ¿es camorra lo que buscáis?

Abraham: ¿Camorra? ¡No por cierto!

Gregorio: ¡Como gustéis! Si eso os divierte, habéis tropezado con vuestro hombre... El amo a quien yo sirvo vale por lo menos tanto como el vuestro.

Abraham *(Con viveza):* ¡Pero no valdrá más!

Sansón: ¡Caballero! ¡Caballero!

(Por el fondo de la escena aparece Benvolio.)

Gregorio *(A Sansón):* Di que vale más... Mira allí a un pariente de nuestro amo que viene hacia nosotros.

Sansón *(En tono muy alto):* Mi amo vale más que el vuestro.

Abraham: ¡Mientes!

Sansón: ¡Desenvainad el acero si tenéis valor!... ¡Gregorio, no olvides tu gran estocada!

(Se baten los cuatro.)

Benvolio: ¿Qué es eso, imbéciles? ¡Abajo las espadas! ¡No sabéis lo que estáis haciendo!

(Hace bajar las espadas a los que riñen.)

(Entra Tibaldo.)

Tibaldo: ¿Cómo es que te encuentro con la espada desnuda en medio de esos innobles villanos, Benvolio? ¡Vuelve la cabeza y defiéndete; tu muerte está en la punta de mi acero!

Benvolio: Yo no he hecho más que separarlos y poner paz. Mete la espada en la vaina, y ocúpate, como yo, en terminar esta contienda.

Tibaldo: ¿Teniendo el acero en la mano me hablas de paz? ¡Aborrezco esa palabra, como detesto al infierno, a ti mismo y a todos los Montesco *(Se arroja sobre él.)* ¡A ti, cobarde!

(Llegan los partidarios de las dos casas, se dividen en dos bandos y se hace general la lucha. Después acuden paisanos armados con garrotes.)[...]

Se encuentran Benvolio y Romeo

[...] **Benvolio:** Un momento, no quiero dejarte ir en ese estado. Permite que te acompañe.



Reflexiona

¿Qué actitud tienen los hombres que intervienen en el diálogo?

Romeo: ¡Bah, no te tomes esa molestia! Yo mismo no sé dónde está Romeo. Búscale, encuéntrale si puedes, creo que está ausente.

Benvolio: Hablemos con seriedad. ¿Cuál es esa mujer a quien amas?

[...] **Romeo:** ¿Eres acaso hechicero, primo?... Añado que esa mujer es hermosa.

Benvolio: ¡Buena razón para morir de pesadumbre!

Romeo: ¡Oh! ¡Yo no tengo razón; ella es quien se arma de razón, de prudencia y de crueldad! Tiene el espíritu de Diana; es una virtud con coraza de hierro, una armadura impenetrable, una fortaleza donde las flechas de amor no hacen mella. ¡Sitiadla, estrechadla, aduladla, todo será en vano! Dulces palabras, miradas amorosas, coqueterías estudiadas, todo se embota en el escudo de su indiferencia. El oro, que seduce a los santos y a los ángeles, es impotente ante ese corazón de piedra. ¡Es rica de atractivos, pero pobre de amor, y su belleza morirá con ella!

Benvolio: ¿Ha jurado, quizás, vivir y morir casta?

Romeo: Lo ha jurado. ¡Severidad cruel! ¡Rigor que costará mucho! Si Rosalina muere virgen, el mundo queda desheredado, la belleza se acaba para siempre... ¡Oh, bella y prudente Rosalina! ¡Ángel a quien el paraíso espera, pero cuya dicha hará mi desesperación, tú has jurado no amar jamás! ¡Juramento fatal que un hombre vivo repite y que me hace morir viviendo!

Benvolio: Escúchame, amigo mío, y sigue mi consejo: no pienses más en esa mujer.

Romeo: Enséñame a olvidarla.

Benvolio: Devuelve la libertad a tus miradas. Otras mujeres hay; fíjate en ellas.

Romeo: Ése es el único medio para amarla más y que me parezca mucho más hermosa.
[...]



Una calle

Capuleto, Paris y un criado; luego Benvolio y Romeo

Capuleto: Montesco y yo incurriremos en las mismas penas si por nosotros se perturba el orden. ¡Vive Dios! A nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz.

Paris: Ambos sois acreedores, señor, al respeto público, y por lo tanto, es de deplorar que estéis desunidos por antiguas desavenencias... ¿Tendríais la bondad de manifestarme vuestra resolución en el asunto de que os he hablado?

Capuleto: No puedo añadir nada a lo que ya os he dicho. Mi hija es muy joven, apenas cuenta catorce años, y no conoce en absoluto el mundo. Dejemos pasar un par de estíos, para que la flor salga del capullo, se abra y brille; la niña se hará mujer, y entonces podremos pensar en su casamiento.

Paris: Hay jóvenes de menos edad que ya son madres dichosas.



Reflexiona

¿Consideras que Julieta es muy joven para casarse?

Capuleto: Eso es marchitar muy pronto la belleza. La tumba ha tragado todas mis esperanzas; Julieta es la última alegría de mi casa, la luz de mi hogar, mi hija querida. Os doy permiso para cortejarla y conquistar su cariño: mi consentimiento depende de su elección; si ella os distingue y os acepta, yo os concederé su mano con el mayor gusto... Esta noche doy una gran fiesta, fiesta solemne, cuyo origen se remonta a los tiempos antiguos, y he invitado a ella a todas las personas a quienes aprecio. Si queréis favorecernos, contad con una afectuosa acogida. En mi modesta casa, joven, veréis brillar esta noche más de un astro encantador, más de una terrenal estrella, que inspirarán celos a las del cielo. Venid, pues, a mezclaros entre esas flores vivientes, multitud bulliciosa y alegre, frescos capullos cuya belleza apunta apenas.[...] *(Llama a un criado.)* ¡Hola, ven aquí! *(le entrega una lista)*. Vas a recorrer la ciudad para buscar a todas las personas cuyos nombres están ahí escritos. Les dirás que esta noche es la fiesta de mi casa, que espero que me honrarán con su presencia y que estén seguros de una buena acogida.

(Sale con Paris y deja al criado con la lista.)

El criado: ¡Bien está eso de buscar a las personas invitadas... cuyos nombres aparecen en esta lista!... Está escrito que cada uno debe ocuparse de su oficio...: el pintor de sus pinceles, el sastre de sus agujas, el calderero de sus calderas y el pescador de sus redes... Pero es el caso que mi oficio no es el saber leer y escribir, y el diablo me lleve si puedo descifrar los nombres que el escribiente se ha entretenido en apuntar aquí... Será necesario que yo vaya a buscar algún sabio... Veremos, veremos.

(Entran Benvolio y Romeo.) [...]

[...] **Romeo:** De ningún modo; pero arrastro unas cadenas muy tristes; no como, no duermo y padezco mucho. Son muy grandes mis tormentos, y a fe mía... *(El criado se acerca a Romeo con la lista en la mano.)* ¡Buenas tardes, buen hombre!

El criado: ¡Dios os guarde, señor! Salvo el respeto que os es debido, ¿queréis decirme si sabéis leer?

Romeo: Leo perfectamente en el libro de mis penas.

El criado: No se necesita ir a la escuela para aprender ese alfabeto; pero, formalmente, ¿podréis leer esto que tengo aquí?

Romeo: No me será difícil si entiendo el idioma y conozco la letra.

El criado: ¡Vamos, queréis burlaros! ¡Dios os conserve esa alegría! *(Se aleja.)*

Romeo: Trae acá y te lo leeré. *(Lee.)* "El señor Martino, su mujer y sus hijas... [...] Mi tío Capuleto, su mujer y sus hijas... Mi linda sobrina Rosalina [...] *(Devuelve el papel al criado.)* ¡Reunión verdaderamente brillante!... ¿Y todas estas personas están invitadas?...

El criado: Para una fiesta.

Romeo: ¿Y qué fiesta es ésta?

El criado: ¡Pardiez, en casa de mi amo!

Romeo: Debías haber empezado por decirme quién es tu amo.

El criado: Pues bien, os lo diré ahora que me lo preguntáis. Mi amo es el viejo Capuleto, el rico y noble Capuleto. Si vosotros no pertenecéis a la casa de Montesco, podéis ir sin temor, pues encontraréis algunos frascos buenos de reserva. ¡Adiós, señores míos! ¡Dios os conserve la alegría!

(Se va.)

Benvolio: Ésa es la fiesta solemne de los Capuletos. Rosalina, que creo es la mujer que tú adoras, cenará allí, y estarán con ella todas las bellezas admiradas en Verona. Vamos allá; mira con serenidad a algunas mujeres que yo te enseñaré, y verás a lo que queda reducido tu ídolo. Junto a ellas, tu cisne se convertirá en cuervo.

Romeo: Si mis ojos vieran ese milagro, declararíame herejes a mis ojos... sería necesario quemar unos ojos que tantas veces han sido bañados en lágrimas, unos ojos que de tal modo traicionarían al culto de mi corazón. ¡Rosalina eclipsada! ¡Existir en el mundo una mujer más hermosa que Rosalina! ¡No, jamás! ¡Desde que el mundo existe, nunca el sol, que lo ve todo, ha podido ver otra belleza que pueda igualar a la suya! [...]



Reflexiona

¿Qué significa Rosalina para Romeo? ¿Crees que haya otra persona que pueda significarle igual después de la forma como se expresa de ella?

[...] **La señora**

de Capuleto: Precisamente de eso es de lo que quiero hablar con ella... Julieta, hija mía, ¿te agrada el matrimonio?

Julieta: Es un honor, madre mía, en el cual no he pensado hasta ahora.

La nodriza: ¡Anda! ¡Un honor!... ¡Eso es contestar! Si no fuera porque yo he sido tu única nodriza, diría que había amamantado con mi leche la sabiduría.

La señora de

Capuleto: Pues bien, hija, ya es tiempo de pensar en ese honor. En Verona hay madres muy jóvenes, damas muy estimadas, que tienen tu misma edad. A tu edad ya era yo madre, y tú te conservas aún soltera... Para terminar: te diré que Paris, un bizarro caballero, ha pedido tu mano. [...]

[...] **La señora**

de Capuleto: Julieta, ¿te agrada esta proposición?

Julieta: Madre, si basta mirar para amar, os obedeceré; pero mi mirada y mi inclinación serán guiadas por vos, y no podrán ir más lejos de lo que vos me ordenéis. [...]

(Una calle. Es de noche. Entran Romeo, Mercucio y Benvolio, seguidos de una multitud de jóvenes con disfraces y sin ellos, y escoltados por servidores que llevan antorchas.)



Reflexiona

¿Qué te imaginas que va a pasar en la fiesta?

[...] **Romeo:** ¿Muy tarde, crees tú?... Tengo en mi cabeza no sé qué triste pensamiento. Me parece que una desgracia, envuelta aún en incierto porvenir va a dar de esta fiesta nocturna. Creo entrever la muerte amarga, dolorosa, prematura, amenazando oscuramente a esta vida que en tan poco aprecio. Pero, ¡que bogue la galera! Me abandono al cuidado de Dios, que se encargará de dirigirnos como guste. ¡Vamos, adelante, amigos! [...]



Reflexiona

¿Cuáles son los sentimientos de los personajes según el diálogo y lo que sucede en la escena anterior?

(Una sala en casa de Capuleto. Músicos y criados; luego Capuleto y varios convidados, Romeo, Tibaldo, Benvolio, Julieta, la nodriza y el coro.)

Romeo: *(Con la careta puesta, dirigiéndose a un criado):* ¿Quién es esa joven, brillante de hermosura y juventud, que va apoyada en ese caballero?

El criado: No lo sé, señor.

Romeo: ¡Oh! ¡Brilla con un resplandor más vivo que el de los hachones del baile! En medio de la noche oscura, su belleza resplandece como el diamante

sobre la frente de una mujer de Etiopía. ¡Blanca paloma en medio de estos cuervos fúnebres! Cuando termine este baile observaré dónde va a sentarse, y entonces iré, sí, iré a estrechar su mano con la mía. ¡Oh! Es una belleza demasiado exquisita para la tierra, demasiado delicada para nosotros. ¿Había yo amado antes de ahora? No, no; jamás he amado hasta hoy. La verdadera belleza se me aparece por primera vez. [...]

(Salen todos; se quedan Julieta y la nodriza.) [...]

[...] **Julieta:** Ve a informarte de su nombre. Si ese joven fuese casado, un féretro sería mi lecho nupcial.

La nodriza: *(Volviendo):* Es un Montesco; se llama Romeo, y es enemigo de vuestra familia.

Julieta: ¡El solo hombre a quien debiera aborrecer es el único a quien puedo amar! ¡Oh! ¡Le amé demasiado pronto sin conocerle, y lo he conocido demasiado tarde! ¡Amor funesto y terrible en su origen!... ¡Amarle a él, a quien debe detestar la hija de los Capuleto! [...]



Reflexiona

¿Piensas que buscará Romeo la forma de encontrarse con Julieta?

¿Cómo lo harías tú si fueras Romeo?

Segundo acto

(La celda de Fray Lorenzo con una cesta, luego Romeo.)

Fray Lorenzo: Las nubes de Oriente se tiñen de luz y el ojo de la mañana sonríe a la Naturaleza. [...]

[...] *(Entra Romeo.)*

Romeo: ¡Buenos días, padre mío!

Fray Lorenzo: Bendícite... ¿Qué voz dulce y madrugadora me saluda por la mañana?... Joven amigo, cuando tan pronto se abandona el lecho, es porque se siente una gran perturbación de ánimo.

[...] **Romeo:** Pues bien; con sencillez y claridad, buen padre, os declaro que he dado mi corazón todo entero a la joven Capuleto, a la encantadora hija del rico Capuleto. Ella, en cambio, me ha dado el suyo, y estamos perfectamente de acuerdo. A vos os toca, pues, acabar por medio de un matrimonio secreto el convenio

establecido entre nosotros. En qué lugar y cómo nos hemos visto, entendido y amado, ya os lo explicaré despacio dando un paseo por el campo. Pero ante todo es necesario, y yo os lo suplico, que os decidáis a casarnos hoy mismo. [...]

Fray Lorenzo: [...] Ven, cabeza ligera, ven conmigo; yo te ayudaré. Puede ser causa este matrimonio de un acontecimiento dichoso. El rencor de vuestras dos familias puede cambiarse, gracias a él, en una amistad duradera.

Romeo: Vamos, sí, vamos; pues tengo mucha prisa, padre mío.

(Una calle.)

[...] **La nodriza:** A fe mía, señorita, que no quiero felicitaros por la elección que habéis hecho. No entendéis gran cosa de escoger un hombre. ¡Romeo un hombre!... No digo que su fisonomía no sea encantadora, que no sea linda su figura, pero... su pierna es muy bien formada y tiene las manos muy bonitas; su conversación es muy agradable... Volvamos al hecho; todo esto es muy vulgar; sin embargo, él es gentil, muy gentil. No es, por cierto, la flor de la cortesía vuestro joven señor; pero es dulce como un cordero y muy paciente, palabra de honor. Vamos, vamos, niña mía; esto está bien, está bien... Habéis comido ya, ¿no es cierto?

Julietta: No; pero aún no me has dicho absolutamente nada. Háblame del matrimonio. ¿Qué te ha dicho? [...]



Reflexiona

¿Recuerdas las palabras de Romeo?

¿Cómo reaccionará Julieta ante ese mensaje?

[...] **La nodriza:** Ha dicho... ha hablado como un caballero, como un amable y virtuoso joven que es, señorita... A propósito: ¿dónde está vuestra madre?

Julietta: ¿Dónde ha de estar? ¡En casa, en su cuarto! ¿Dónde quieres que esté? Pero, ¿por qué me dices: "Ha hablado como un caballero: dónde está vuestra madre?" ¿Qué significa eso?

La nodriza: ¡Qué impaciente sois! En verdad, mi bella señorita, que tenéis buen modo de aliviar mi cansancio. A fe mía, que en adelante vais a tener que desempeñar vuestros encargos vos misma.

Julietta: ¡Cuántos preámbulos! Vamos, ¿qué te ha dicho Romeo?

La nodriza: Que esta noche podéis ir a confesaros.

(La celda de fray Lorenzo; Fray Lorenzo y Romeo; luego Julieta.)

Fray Lorenzo: Todo está ya arreglado. ¡Quiera el cielo sonreír a la santa ceremonia, y que las horas del porvenir no dejen nunca de seros propicias!

Vamos, vamos, jóvenes; es necesario que me sigáis; pronto terminaremos. A pesar de vuestra ardorosa impaciencia, es preciso que aguardéis, para hablar de amores, a que nuestra Santa Iglesia haya hecho una sola persona de vuestros dos seres. [...]

Tercer acto

[Una plaza pública. Mercucio y Benvolio, seguidos de criados y de un paje; luego Tibaldo, Romeo, el príncipe con su comitiva, Montesco, la señora de Capuleto y pueblo].

Benvolio: Vámonos de aquí, querido Mercucio; te lo ruego. El día está muy caluroso, los Capuleto andan cerca, y si los encontramos vamos a tener contienda. En estos días ardientes del estío la sangre hierve y los corazones están locos.

Mercucio: Se me figura estar viendo en ti a uno de esos bravos que entran en una taberna gritando: "Quiera dios, mi buena espada, que hoy no te necesite!", y diciendo esto, beben el primer vaso, después el segundo, y antes de llegar al tercero se las han arreglado de modo que desenvainan contra el mozo de la taberna que les sirve. [...]

[...] (*Aparece Tibaldo acompañado de varios amigos.*)

Benvolio: ¡Por mi cabeza, he aquí a los Capuletos!

Mercucio: ¡Por mis zapatos, que me es completamente indiferente!

Tibaldo: (*A los suyos*): Voy a hablarles; manteneos cerca de mí... ¡Salud, caballeros! Tengo que decir dos palabras a uno de vosotros.

Mercucio: Dos palabras no son gran cosa. Combinad las palabras con el gesto y el gesto con los golpes, y así acabaremos más pronto.

Tibaldo: No espero para eso más que una ocasión favorable, mi querido señor.

Mercucio: ¿Y por qué la esperáis? Creadla. [...]

[...] (*Entra Romeo.*)

Tibaldo: Podéis ir en paz, señor, porque tengo aquí a mi hombre. (*Señalando a Romeo.*)

Mercucio: ¡Vuestro hombre! ¡Pardiez! ¡Que me ahorquen si lleva vuestra librea! Será vuestro hombre en el campo de batalla, cuando queráis, mi honorable señor, pero nada más.

Tibaldo: Romeo, te aborrezco. Todo lo que puedo decirte es que te detesto y que eres un cobarde.

Romeo: Tibaldo, yo, por mi parte, tengo mis razones para quererte. Debería contestarte de otro modo, pero sólo puedo decirte que Romeo no es un cobarde, como dices, y que tú no le conoces. ¡Adiós!

(*Se dispone a marchar.*) [...]

[...] **Mercucio:** Veamos algo de ese famoso golpe en tercera, mi bello señor Tibaldo.

(*Se baten.*)

Romeo: Benvolio, saca tu espada y oblígales a envainar las suyas. (*A los combatientes.*)

¡En nombre del cielo, amigos míos! ¡Tibaldo, Mercucio, deteneos! La prohibición del príncipe es expresa y terminante. ¡Tibaldo! ¡Mi querido Mercucio!...

(Mercucio cae herido de una estocada mortal. Tibaldo se retira con sus amigos.)

Mercucio: ¡Ah, estoy herido! ¡Al diablo las dos familias! ¡Esto se acabó! El otro se ha escapado sin haber recibido ni una puntada.

Benvolio: ¿Dónde te ha herido?

Mercucio: Es poca cosa; un rasguño... Sin embargo, creo que tengo bastante... ¡Paje, búscame pronto un cirujano! [...]

[...] **Benvolio:** Nuestro valiente Mercucio ha muerto. Esa noble alma ha subido al cielo, abandonando la tierra que despreciaba. ¡Ya no existe!

Romeo: ¡Qué día! Un destino sombrío se abre para mí, y otros días no menos lúgubres seguirán a éste. El principio ha sido triste y el desenlace amenaza ser horroroso.

(Vuelve Tibaldo.)

[...] *(Entra el Príncipe con su comitiva. Los jefes de las familias de Capuleto y de Montesco llegan al mismo tiempo.)*

El príncipe: ¿Dónde están los miserables que han dado ocasión a este tumulto?



Reflexiona

¿Cómo crees que será castigado Romeo?

Benvolio: *(Custodiado por el pueblo.):* Yo sé, noble príncipe, cómo se empeñó y cómo ha terminado esa lucha fatal; puedo descubrir su misterio y contaros sus detalles. Ahí delante tenéis el cuerpo ensangrentado del hombre que mató a Mercucio, vuestro pariente; el joven Romeo ha castigado al asesino. [...]

Montesco: También esa vida la tenía en gran estima Romeo, pues Mercucio era su amigo íntimo; Romeo no debe ser castigado. ¿Cuál ha sido su falta? Al matar a Tibaldo, no ha hecho más de lo que hubiera hecho la ley.

El príncipe: Sin embargo, ha cometido una falta, y el castigo que le impongo es el destierro. ¡Que se marche al instante! [...]

(Una sala en casa de Capuleto.) (Julieta; luego la nodriza.)

Julieta: [...] ¡Corre pronto tu espesa cortina, noche protectora del Amor! Que los ojos de la luz se cierren y que Romeo llegue a mí sin que nadie le vea. Los ojos de su propia pasión bastan a los amantes para verse ya que el amor es ciego, la noche es lo que más conviene... Ven, amable noche, matrona de modesto velo negro; ven envuelta en oscuridad profunda y enséñame cómo se pierde una partida ganada, cuando los que la juegan son dos virginidades sin tacha. Disimula bajo tu negro manto la sangre virginal que colorea mis mejillas, hasta que el tímido amor se convierta en audaz. ¡Ven, noche! ¡Ven Romeo mío! Tú serás el día en la noche, porque parecerás sobre las alas de la noche más

blanco que la nieve sobre el dorso del cuervo. ¡Ven, noche gentil, querida noche de frente negra! Dame a mi Romeo, y cuando él muera, tómamelo para hacer de él pequeñas estrellas. Hará entonces tan hermosa la faz del cielo, que todo el mundo, amoroso de la noche, no querrá rendir tributo al sol cegador. He adquirido una casa de amor, pero aún no vivo en ella; estoy comprada pero todavía no me he entregado... [...]

[...] **La nodriza:** ¡Tibaldo ha muerto! ¡Romeo está desterrado! Romeo ha matado a Tibaldo, y por eso le han condenado al destierro.

Julieta: ¡Ah, Dios mío! ¡Romeo! ¡Su mano ha vertido la sangre de Tibaldo! [...]

(La celda de fray Lorenzo. Fray Lorenzo y Romeo; luego la nodriza)

Fray Lorenzo: *(Dirigiéndose a un rincón):* Sal de tu escondite, Romeo; ven, pobre amigo mío. La desgracia se ha enamorado de tu persona y te has desposado con la desgracia.

Romeo: *(Avanzando.):* ¿Qué noticias hay, padre mío? ¿Qué ha resuelto el príncipe? ¿Qué pesar nuevo me aguarda para poner a prueba mi valor? [...]

[...] **Fray Lorenzo:** Debes salir de Verona. Ten valor; el mundo es vasto y gozarás de libertad.

Romeo: Para mí no existe el mundo fuera de los muros de Verona. ¡Lejos de aquí no hay para mí más que purgatorio e infierno, tormentos y suplicios! [...]
[...] Es la tortura y no la piedad. Donde Julieta respira, allí está el cielo. El animal más vil que pueda permanecer en Verona y que pueda ver a Julieta es más dichoso que yo [...]

[...] **La nodriza:** ¡Ah, mi pobre caballero! La muerte es nuestro fin común, y por lo tanto, no hay necesidad de buscarla.

Romeo: ¿Qué dice? ¿Cómo está la esposa secreta de mi misterioso y santo amor?

La nodriza: Nada dice, señor; no hace más que llorar, nada más que llorar. [...]

[...] **Fray Lorenzo:** *(A la nodriza.):* Apresuraos, nodriza, y anunciadlo a vuestra señora. Decidle que Romeo va a verla; que haga de modo que la familia, que estará abatida por el pesar, se retire temprano.

La nodriza: ¡Dios verdadero! Hablas como un santo. Me estaría aquí toda la noche escuchándolo. ¡Oh! ¡Qué admirables consejos! ¡Lo que es ser sabio! *(A Romeo.)* Mi buen señor, voy a anunciar vuestra visita.

Romeo: Sí, buena nodriza; di a mi Julieta, a mi amor, que se prepare para reñirme bien.

La nodriza: A propósito. *(Dándole un anillo.)* Aquí tenéis una sortija que me dio para que os la entregase... Pero acabemos, que se hace tarde. Por Dios, venid pronto.

(Se va.)

(Interior del cuarto de Julieta.)

(Romeo y Julieta; luego la señora de Capuleto, Capuleto y la nodriza.)

[...] **Julieta:** ¡Ya! ¡Partir ya cuando el día tardará todavía mucho en aparecer! Tu oído ha creído escuchar el canto de la alondra [...]

Romeo: [...] Mira, amor mío, esas cintas de fuego que se dibujan por Oriente, desgarrando las nubes. Las antorchas de la noche se han extinguido, y se perciben en la cima de los montes los primeros albores de la alegre mañana. Es necesario que te deje para poder vivir, porque quedarme sería morir. [...]

[...] **Julieta:** ¡Quédate, ah, quédate todavía! ¿Por qué me abandonas tan pronto? [...]
(*Abraza a Julieta, desciende y desaparece.*)

Julieta: (*Mirando hacia abajo desde el balcón*): ¿Y puedes marcharte así, mi dueño, mi amor, mi compañero? Es necesario que yo reciba noticias tuyas cada hora del día, porque cada hora de tu ausencia representará más de un día. ¡Ay de mí! ¡Qué vieja, qué vieja seré cuando vuelva a ver a mi Romeo!

Romeo (*Desde abajo*): ¡Adiós, amor querido! No perderé ninguna ocasión para enviarte noticias.

Julieta: ¡Oh! ¿Y crees tú verdaderamente que nos volveremos a ver?

Romeo: ¡No me cabe la menor duda!... ¡Con qué placer hablaremos entonces de nuestras pasadas desdichas!

Julieta: ¡Dios mío! ¡Tengo aquí, en el alma, un presentimiento fatal! ¡Ahora que estás al pie de este balcón, creo verte cadáver en el fondo de una tumba! ¿Acaso me engañan mis ojos?... ¡Me parece que estás muy pálido!

Romeo: También a mí me parece que tú lo estás, amor mío. La tristeza bebe la sangre y seca la vida. ¡Adiós! ¡Adiós! [...]

(*Entra la señora de Capuleto.*)

[...] **La señora**

de Capuleto: Tu padre, bella niña, es un buen padre; te prepara una gran felicidad, un día de fiesta que te hará olvidar fácilmente todos tus pesares, una alegría imprevista que tú no te hubieras podido imaginar y que yo misma no preveía.

Julieta: ¿De qué habláis?

La señora

de Capuleto: Del jueves próximo. Sí, el jueves por la mañana, un galante caballero, el ilustre Paris, te conducirá a la iglesia de San Pedro, a ti, hija mía, su afortunada y alegre esposa.

Julieta: ¡Alegre! ¡Afortunada! ¡Oh! Os juro aquí por San Pedro y su iglesia, que no seré lo uno ni lo otro. Tanta prisa, en verdad, me asombra. Se me casa antes que mi prometido haya venido a hablarme de sus proyectos y sus deseos. Os ruego, madre mía, que digáis a mi padre que no estoy dispuesta a casarme todavía... Antes me casaría, estad segura de ello, con ese Romeo a quien detesto, que con el noble Paris... ¡Vaya unas buenas noticias! [...]

[...] **Capuleto:** ¡Ah, diablo! Veamos eso, esposa mía, enterémonos bien. ¡Con que la señorita, orgullosa, rehúsa y da las gracias! ¡Ah! ¡Con que no sabe agradecerme que le haya proporcionado un marido como Paris, un señor demasiado digno para una muchacha como ella! [...]

[...] **Capuleto:** ¡Id al diablo, hija desobediente! ¡Fuera, perversa! Os advierto formalmente que el jueves se verificará el matrimonio, y no me tenéis que hablar más de este asunto [...]

Cuarto acto

(La celda de fray Lorenzo. Lorenzo y Paris; luego Julieta)

Fray Lorenzo: ¿El jueves decís, señor? Me parece muy pronto.

Paris: Tal es la voluntad del señor Capuleto, padre mío. Me ha parecido peligrosa tanta precipitación, pero han sido vanos todos los obstáculos que he querido oponer para que la ceremonia se aplase.

Fray Lorenzo: Según me habéis dicho, ignoráis todavía las intenciones de vuestra prometida. Verdaderamente, seguís una senda muy arriesgada; todo esto me agrada poco.

(Entra Julieta.)

Julieta: (Al monje): ¡Oh! Cerrad la puerta, y en seguida volved, padre, volved a llorar conmigo... ¡Ya no hay remedio, ni esperanza, ni socorro!

Fray Lorenzo: ¡Ah, Julieta, comprendo tu dolor! Lo sé todo, y mi espíritu se fatiga en vano para hallar un remedio. Sé que el jueves próximo debes casarte con el señor Paris: y también sé que nada en el mundo podrá hacer que se retarde o aplase ese fatal momento.

Julieta: Padre, no volváis a decir eso, si no tenéis ningún remedio que ofrecerme. ¿No encontráis en vuestra sabiduría ningún alivio para mis males?... entonces tendréis que darme a mí el nombre de sabia, si puedo conseguir hacer de este puñal (*mostrando un puñal*) el consuelo de mis penas. [...]

[...] **Fray Lorenzo:** ¿Estás verdaderamente resuelta?... Pues entonces escucha las instrucciones que voy a darte y obedécelas. Vuelve a casa de tu padre con aire complaciente y alegre, y dile que consientes en el matrimonio que te ha propuesto. Mañana, que es miércoles, cuida de quedarte sola en tu cuarto por la noche. Procura alejar a tu nodriza, y después que estés en el lecho, te bebas el licor destilado que contiene este frasquito de cristal que te entrego. En el momento que acabes de beberlo, se esparcirá por tus venas un frío glacial; se amortiguarán tus alientos vitales; cesará completamente de latir tu pulso y quedarás sin fuerzas y sin calor. Tu vida parecerá extinguida; un

color de ceniza cubrirá las rosas de tus labios y tus mejillas; se hundirán tus párpados y permanecerás como si se hubiese terminado tu existencia, como si la muerte hubiera impreso en todo tu cuerpo su sello fatal [...] Así permanecerás cuarenta y dos horas; después te despertarás tan contenta y descansada como cuando acabas de disfrutar un dulce y tranquilo sueño. En la mañana del día señalado para tu boda, el novio te encontrará muerta en el lecho; procurará despertarte, pero será en vano. En seguida, como es costumbre en Verona, te colocarán en el féretro con la cara descubierta y te engalanan con tus más ricos atavíos para depositarte en el antiguo panteón donde reposa toda la raza de los Capuleto. Mientras tanto, yo escribiré a Romeo, informándole de nuestros designios. Vendrá en seguida, y velaremos los dos junto a ti, esperando que vuelvas a la vida, y después aprovecharemos la noche para hacer que te conduzcan a Mantua. De este modo te salvarás, librándote de las cadenas y el oprobio que quieren imponerte. Antes de decidirte, piénsalo bien, no sea que después, por un vano capricho o por temor pueril, pierdas el valor y trates de arrepentirte en el momento más crítico.

(Le entrega un frasquito lleno de narcótico.)

Julieta: Dadme, ¡oh! Dadme ese líquido: ¿qué temor queréis que tenga?

Fray Lorenzo: Vigor y ánimo, que esa resolución puede salvarte. Márchate, que yo voy a enviar a uno de nuestros monjes a Mantua para prevenir a tu esposo. [...]

Reflexiona

¿Consideras que Julieta tendrá el valor de tomarse el narcótico?

(Dormitorio de Julieta.)

(Julieta, tendida sobre su cama, y la nodriza. Luego entran la señora de Capuleto, Capuleto, Fray Lorenzo, Paris, Pedro y músicos.)

La nodriza: [...] ¡Está muerta!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Venid, venid, que mi ama está muerta! ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Y para esto vivo yo! *(Dirigiéndose a un ángulo del dormitorio.)* ¡Un poco de aguardiente! ¡Traed aguardiente! ¡Señora! ¡Venid! ¡Que venga todo el mundo!

Quinto acto

(Una calle de Mantua.)
(Romeo; luego Baltasar y un mercader.)

[...] **Baltasar:** *(Con tristeza):* Señor, podéis estar satisfecho... De nada os quejaréis... Julieta es ya dichosa, pues duerme su último sueño en la tumba de los Capuleto. Su cuerpo reposa allí, pero su alma inmortal está con los ángeles en el cielo. [...]

[...] **Romeo** *(Después de un momento de silencio):* ¿Será verdad? ¡Destino cruel, yo desafío tu poder!... *(A Baltasar.)* Ya sabes dónde vivo; vete allá y prepárame papel y tinta; búscame caballo para mí, pues he de marchar esta misma tarde. [...]

(Aparece un viejo mercader de drogas.)

El mercader: ¿Quién me llama? ¿Quién grita tan fuerte?

Romeo: Ven aquí, acércate. Me pareces muy pobre. Toma estos cuarenta ducados: me hace falta una dosis de veneno; pero de un veneno terrible, tan activo, tan violento, que al penetrar en las venas del hombre cansado de vivir le haga caer muerto de repente. [...]

(La celda de fray Lorenzo. Fray Juan y Fray Lorenzo.)

Fray Juan: ¿Dónde estáis, venerable hermano de la orden de San Francisco? ¿Dónde estáis?

(Aparece fray Lorenzo.)

Fray Lorenzo: Ésa es la voz de fray Juan. ¿Venís de Mantua? ¡Sed bienvenido! ¿Qué dice Romeo? [...]

Fray Juan: Empecé por ir en busca de uno de nuestros hermanos, monje descalzo, el cual esperaba yo que me acompañase a Mantua, y que a la sazón estaba ocupado en visitar algunos enfermos. Los magistrados de la ciudad nos encontraron a los dos en una casa que sospechaban estuviese infectada por la peste; y temiendo que la propagásemos, cerraron las puertas y nos prohibieron la salida. De modo que mi prisa no ha servido de nada; no he podido ir a Mantua.

Fray Lorenzo: ¿Y quién ha llevado mi carta a Romeo?

Fray Juan: Nadie. Hela aquí [...]

Fray Lorenzo: ¡Qué fatal contratiempo! Os juro por la santidad de nuestro claustro que no se trata de una simple carta de atención, sino de un grave e importante mensaje. ¡Oh! ¡De este contratiempo pueden resultar terribles desgracias!...

Fray Juan, id pronto a buscar una palanca de hierro y traédmela aquí mismo. Apresuraos. [...]

[...] **Fray Lorenzo:** Es preciso que vaya solo al panteón. Dentro de tres horas despertará Julieta, y podría maldecirme al ver que Romeo no está a su lado. Escribiré de nuevo a Mantua. Ocultaré a Julieta en mi celda hasta que Romeo llegue. ¡Pobre cadáver viviente encerrado en un lugar de verdaderos muertos!



Reflexiona

¿Qué crees que suceda en la última escena de la obra?

Un cementerio. Es de noche. Paris sale precedido de un paje que lleva una antorcha y una cesta de flores. Luego Romeo y Baltasar, Fray Lorenzo, el príncipe, Capuleto, la señora de Capuleto, Montesco, guardias y acompañamiento.

[...] *(Paris se acerca a la cripta de los Capuletos, se arrodilla delante de la puerta y esparce flores por el suelo.)*

Paris: ¡Mi dulce amor, mi bella desposada, aquí tienes flores para tu lecho nupcial! ¡Tumba adorada, dentro de tus muros de mármol has encerrado para una eternidad la obra más perfecta del mundo! ¡Oh bella Julieta, que hoy estás en compañía de los ángeles, acepta de mi mano este homenaje, el último, ay de mí! Mientras viviste, supe honrarte; ahora que estás muerta, vengo a venerar tu tumba y a sembrarla de flores!... *(Se oye un silbido.)* ¡Mi paje ha silbado! ¡Alguien se acerca! ¿Quién será ése cuyo pie maldito viene a interrumpir mi culto fúnebre, el culto de mi piadoso amor? ¡Y trae luz!... ¡Noche, ocúltame!

(Se esconde detrás de un sepulcro. Entran Romeo y Baltasar con una antorcha y un azadón.)

Romeo: *(a Baltasar):* Dame ese azadón; dame también esa barra de hierro... Toma; esta carta se la entregarás a mi padre por la mañana muy temprano... Ahora, dame la luz y ten presente lo que te voy a decir, porque me respondes de tu obediencia con la vida [...] Voy a bajar al lecho del último sueño, porque quiero ver de nuevo a mi querida esposa; quiero también sacar de su dedo un anillo precioso, que estimo en mucho, y que ha de servirme para un objeto sagrado. [...]

[...] **Baltasar:** *(Aparte.):* A pesar de todo, yo me ocultaré detrás de algún panteón. Sus gestos me asustan y su lenguaje me inspira grandes celos.

(Se retira. Romeo levanta con la barra de hierro la puerta del monumento de los Capuleto.)

Romeo: ¡Sima de la muerte! ¡Monstruo ávido y hambriento! ¡Detestable abismo! ¡Vuelve a abrir, vuelve a abrir tu infame boca! Quiero ver esas entrañas tuyas en donde ha entrado la más preciosa criatura que la tierra ha producido. Cede a mis esfuerzos, que yo te daré otras víctimas que engullirás a pesar tuyo.

(Paris se acerca y observa.)

Paris: Yo conozco a este hombre; es el altivo Montesco, el asesino de Tibaldo, el primo de la que yo amaba. Dicen que la noble Julieta ha muerto de la pesadumbre que le causó este homicida... ¡Y viene ahora aquí a insultar su cadáver! ¡Oh! ¡Yo lo impediré! ¡Yo me apoderaré de él! (*Se acerca a Romeo y lo coge por un brazo.*) ¡Obrero de tinieblas, vil Montesco, cesa en tu trabajo impío! [...]

[...] **Paris:** Te desprecio a ti, y desprecio tus presagios y amenazas. ¡Criminal, me apodero de tu persona!

Romeo: ¡Ah! ¡Me desprecias! ¡Me provocas! (*Saca la espada y se arroja sobre él.*) ¡Pues muere!

(Paris saca su espada y se baten. Aparece el paje.)

El paje: ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Se están batiendo! Yo voy a llamar.

(Sale precipitadamente. Paris cae herido.)

Paris: ¡Ah! ¡Soy muerto!... Montesco, si hay algún resto de piedad en tu alma, abre esa tumba y colócame cerca de Julieta.

(Muere.)

Romeo: ¡Por mi alma te juro que lo haré! (*Se inclina sobre el cadáver.*) ¿Quién será este infeliz? Conozco su cara. Es el pariente de Mercutio, el noble Paris, un buen caballero... ¿No me ha hablado mi criado durante mi viaje del matrimonio de Paris con Julieta? En medio de sus tempestades mi alma no escuchaba lo que aquél me decía... ¿Lo he oído o lo he soñado? ¿Es que la locura se apodera de mí al oír el nombre de Julieta? [...] ¡Ay de mí! ¡El relámpago! ¡Que nombre para este momento supremo! (*Contempla el cuerpo frío de Julieta.*) [...] (*Observa el cuerpo de Tibaldo.*) ¡Tibaldo! ¿Eres tú el que veo aquí envuelto en esa mortaja ensangrentada? Yo destruí tu juventud; pero tranquilízate: la misma mano que te hirió va a herir también al autor de tu muerte. ¿Qué más puedo hacer por ti? ¡Perdóname, primo mío! (*Estrecha entre sus brazos el cuerpo de Julieta.*) ¡Ah! ¡Julieta querida! ¿Por qué eres tan bella todavía? [...] (*Lleva a sus labios el veneno que tiene en un frasco.*) [...] (*Bebe el veneno.*) [...] (*Estrecha a Julieta entre sus brazos.*) ¡Un beso aún, el beso de la muerte!

(Expira abrazado a Julieta. Se ve entrar a fray Lorenzo con un azadón y una palanca de hierro.)

[...] (*Fray Lorenzo se dirige al sepulcro.*) [...]

[...] (*Julieta se despierta poco a poco.*)

Julieta: (*Percibiendo a fray Lorenzo*): ¡Ah! ¡Eres tú, buen monje, mi apoyo, mi consuelo!... Dime, ¿dónde está mi buen Romeo?... Ahora me acuerdo, sí... Yo no debía estar aquí... Pero sí, soy yo y estoy en este sitio... ¡Romeo! ¡Romeo mío!... ¿Dónde está?

(Suena ruido dentro.)

Fray Lorenzo: ¡Chist! Oigo ruido... [...] ¡Ven, ven, Julieta! ¡Romeo, tu esposo, está ahí cerca de ti, pero está muerto! ¡El noble Paris ha muerto también! ¡Ven, hija mía; yo

te colocaré entre las hermanas de un santo monasterio! ¡No me preguntes, no me hables; el tiempo apremia, y la guardia va a sorprendernos!... ¡Querida Julieta, es preciso que vengas! (*Aumenta el ruido.*) Imposible es ya permanecer aquí, no me atrevo.

(*Se retira.*)

Julieta: Pues bien, déjame; yo me quedo... ¿Qué es esto? (*Toma el frasquito de cristal que aún conserva Romeo en la mano.*) ¡Un frasco en la mano del que yo amaba tanto, de mi fiel amigo! ¡Ah! Lo comprendo: el veneno ha acabado con su vida. (*Examina el frasco y prueba una gota que debe haber quedado en él.*) ¡Todo se lo ha bebido, el avaro!... ¡No me ha dejado nada, ni una gota siquiera, para ir a reunirme con él! (*Se arroja sobre el cadáver de Romeo.*) ¡Déjame besar tus labios, a ver si encuentro entre ellos un poco de este veneno! ¡Si lo hay, lo recogeré y moriré dichosa!... ¡Oh, qué calientes están aún tus labios!...

(*Se ve llegar a los guardias con el paje de Paris.*)

Julieta: (*Después de haber escuchado.*): ¡Más ruido! ¡Ya llegan! ¡Oh, muy pronto habré terminado! (*Le quita a Romeo su puñal.*) ¡Buena y bienhechora daga, aquí tienes mi pecho para que te sirva de funda! ¡Ocúltate, y permanece aquí clavada hasta que yo muera!

(*Se da una puñalada, cae sobre el cuerpo de Romeo y expira. Llegan los guardias y el paje.*)

[...] **El príncipe:** ¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede él comunicarnos?

Baltasar: Aquí me tenéis, señor. Yo fui a participar a mi amo la muerte de Julieta. En el momento montó a caballo, se volvió a Verona y vino aquí, entregándome esta carta y prohibiéndome, bajo pena de muerte, permanecer cerca de él en estas bóvedas. Él se internó ahí dentro y yo me retiré.

El príncipe: Dadme esa carta; quiero leerla... ¿Dónde está el paje de Paris que avisó a la guardia? (*Al paje.*) ¡Ah! Responde: ¿qué hacía aquí tu amo?

El paje: Vino a esparcir flores sobre la tumba de su desposada. Me dio orden de no acercarme, y le obedecí. Un hombre entró con una luz y trató de abrir el sepulcro. Mi amo sacó la espada, y entonces fue cuando yo salí huyendo y llamé a la guardia.

El príncipe: Según esta carta, el monje ha dicho la verdad. Aquí está toda la historia de sus amores y el error de Romeo sobre la muerte de la joven. Dice que después de haber comprado a un miserable mercader de drogas no sé qué clase de veneno, venía a este sepulcro para morir y reposar cerca de Julieta. Esto es lo que escribe... ¿Dónde están ahora esos viejos enemigos?... ¡Capuleto! ¡Montesco! Aproximaos. ¡Venid y veréis cuán malditos son vuestros odios! ¡Veréis cómo Dios sabe castigar! ¡Él os hiere en vuestras alegrías; el amor venga a la humanidad, deshonrada por vuestras venganzas! Y yo, por no haberos condenado severamente por vuestras locas querellas, he perdido dos individuos de mi familia. ¡Todos hemos sido castigados!

Capuleto: ¡Oh Montesco, hermano mío! ¡Déjame estrechar tu mano en recuerdo de mi hija! No tengo más que pedirte.

Montesco: Yo quiero darte más. Quiero que ella reviva, y que una estatua de oro puro conserve su imagen. Mientras Verona exista, quiero que se vea que no ha habido mujer más bella y querida que la apasionada, la fiel Julieta.

Capuleto: Romeo estará junto a ella, y como ella también eterno y brillante. ¡Ay de mí! De todos los sacrificios exigidos por nuestros odios, éstos son los menores.

El príncipe: Esta triste mañana nos proporcionará una sombría paz... ¡Ay! El sol no querrá alumbrar con sus rayos un día tan cruel. Ha habido castigos para unos y perdones para otros; pero los siglos venideros conservarán siempre memoria de la dolorosa aventura de la joven Julieta y de su esposo Romeo.



FIN

¿Cómo se llamó la obra?

Te presentamos algunas frases célebres de Shakespeare; reflexiona sobre ellas, coméntalas con tu familia y, al final, escribe algo relacionado con el tema.

1. Los amigos que tienes y cuya amistad ya has puesto a prueba, engánchalos a tu alma con ganchos de acero.
2. El amor, como ciego que es, impide a los amantes ver las divertidas tonterías que cometen.
3. Tan imposible es avivar la lumbre con nieve, como apagar el fuego del amor con palabras.
4. Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.
5. El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.
6. El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente a su tarea de reparar el daño hecho.
7. Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo.
8. El amor de los jóvenes no esta en el corazón, sino en los ojos.
9. Guarda a tu amigo bajo la llave de tu propia vida.
10. De lo que tengo miedo es de tu miedo.

TELÓN

Regresa al Libro del adulto y continúa con la Actividad 2, del tema 3 de la Unidad 1.

☉ Un glosario a nuestro alcance

- Elabora un glosario de términos teatrales. La siguiente lista de palabras tiene que ver con el teatro; defínelas y reúnelas en un fichero de acuerdo con el siguiente ejemplo:

Primera llamada. Primero de los tres avisos que se dan al público antes de comenzar la función.

Acotación, acción, actor, actriz, aplauso, arte dramático, bambalinas, butaca, camerino, caravana, monólogo, pastorela, teatro del absurdo, comedia, tragedia, tramoya, coreografía, diálogo, director, dramaturgo, elenco, ensayo, entremés, escenario, escenografía, estreno, farsa, foro, función, guiñol, iluminación, intermedio, voz en off, maquillista, mimo, personaje, público, reparto, taquilla, telón, utilería, vestuario.

A lo largo de esta **Antología** encuentras otras palabras o expresiones que deberás añadir al glosario. Te damos otros ejemplos:

Carcajada. Manifestación de júbilo. Risa impetuosa o ruidosa.

Chasquido. Sonido que se produce con la lengua al separarla súbitamente del paladar.

Al final, este glosario puede pasar a formar parte del acervo de la biblioteca de tu comunidad o de tu hogar.



[illegible]

[illegible]



El teatro sugiere la vida como un espectáculo. De alguna manera todos somos personajes de dramas diferentes.

Gracias al teatro podemos conocer y descubrir muchos casos de la vida que a simple vista no son visibles. En el fondo, es una muestra de la vida, mientras que la vida es, en alguna medida, una representación de teatro.

La presente Antología cuenta con dos apartados en los que se rescatan textos de obras teatrales representativas de diferentes momentos y épocas.

Esta Antología está planteada para apoyarte en la lectura, y ofrece actividades que te permitirán realizar una lectura más completa.

También encontrarás algunas secciones que muestran diversas formas de acercarse al teatro, las cuales te harán más fácil el acercamiento al género teatral.

Los temas que se abordan en las diversas obras plantean situaciones de la vida cotidiana.

Date la oportunidad de acercarte a *El Teatro: un espejo, reflejo de la vida*.



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso para fines distintos a los establecidos en el programa.